

aportes

Abril de 1982



Victor L. Bacchetta

Algunas reflexiones sobre la táctica y la estrategia del movimiento popular





URUGUAY

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE
LA TACTICA Y LA ESTRATEGIA
DEL MOVIMIENTO POPULAR

“Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existentes, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos”.

El Manifiesto Comunista

“Las grandes guerras de la historia, las grandes tareas de las revoluciones se decidieron únicamente porque las clases avanzadas repitieron sus embestidas no una vez ni dos, y lograron la victoria aleccionados por la experiencia de las derrotas. Los ejércitos derrotados aprenden bien”.

V.I.Lenin

Es imposible evaluar el significado de las luchas del pueblo uruguayo en el pasado reciente, establecer su incidencia sobre el estado actual de la izquierda y el movimiento popular, si no se cuenta con una caracterización precisa del período histórico y de la crisis del sistema de dominación capitalista vigente en el país. Para la teoría marxista, la lucha de clases en el capitalismo reconoce dos tipos de períodos históricos, con repercusiones directas sobre la táctica y la estrategia revolucionaria: los "períodos de preparación" o de "acumulación de fuerzas" y los períodos revolucionarios, la clásica "situación revolucionaria", en cuyo interior es necesario distinguir la "crisis nacional general" y el momento del "asalto al poder". En el período 1968-73 en el Uruguay existió, por sus condiciones objetivas, una situación revolucionaria que no llegó, por insuficiencia de los factores subjetivos, a las dimensiones de una crisis nacional general, en donde la toma del poder por el pueblo fuera el objetivo político inmediato y posible. La derrota momentánea de las fuerzas populares, a pesar de los avances en la amplitud y cohesión de sus filas, tuvo como causa principal los errores y la persistente dispersión táctico-estratégica de las organizaciones de vanguardia, que le permitieron al régimen aislar y golpear por separado a los diferentes sectores del pueblo, mientras reagrupaba sus propias fuerzas apoyándose en los mandos más reaccionarios y fascistas de las fuerzas armadas. En ese lapso, el movimiento popular desplegó las más amplias, tenaces y variadas formas de organización y de combate que, más allá de sus carencias y resultados inmediatos, abrieron nuevos caminos para el desarrollo futuro de la lucha revolucionaria. El surgimiento de la guerrilla urbana y el desarrollo germinal de acciones insurreccionales de masas probaron, sobre todo a la luz de la heroica huelga general y la resistencia nacional al golpe de estado del 27 de junio de 1973, su previsible potencial con vistas a las próximas y decisivas batallas por la conquista del poder revolucionario. De la asimilación teórica y práctica de estas experiencias, de su acumulación en el acervo común de las luchas del pueblo uruguayo, depende el inicio de una nueva y superior etapa de lucha que, para ganarse el título de tal

debera señalarse también por un significativo avance en la unidad de los revolucionarios.

I.-ACLARACIONES PREVIAS.

Intentar una revaloración crítica de nuestra historia reciente, señalar aciertos y errores de un pasado que sentimos fresco todavía, con el fin de extraer enseñanzas para el presente y el futuro, no es ciertamente una tarea simple y fácil. Sobre todo cuando hemos sufrido una derrota, manifestada en duros golpes e incuestionables reveses, pero que nos cuesta reconocer en igual medida la magnitud de sus alcances e implicancias.

Cuando el enemigo nos golpea, existe una tendencia natural a reafirmar nuestras convicciones, como forma de resistir mejor y estar en condiciones de recuperarnos más rápidamente. En esos momentos, la crítica dentro de filas puede ser un simple factor de debilitamiento y de parálisis. La crítica esconde, muchas veces, la desmoralización y el derrotismo.

Por otra parte el enemigo golpea y no espera, sino que sigue golpeando más y más en la medida que las condiciones se lo permiten. Para contrarrestarlo, se hace más necesaria que nunca la unidad total de las fuerzas enfrentadas a la reacción y a la barbarie. Algunos piensan, entonces, que todo intento crítico encarna una actitud divisionista.

Sin duda, hay formas muy nocivas y frustrantes de ejercer la crítica en nuestra izquierda, de las cuales nadie puede considerarse exento. Sin embargo, hay momentos en la historia de las luchas de un pueblo en que las derrotas no se deben tanto a la capacidad del enemigo - sin duda esto también juega -, como a las carencias y retrasos de los revolucionarios.

Podemos pensar, acaso, que han faltado la disposición de lucha, la combatividad y la heroicidad necesarias en nuestro pueblo? Es un hecho ampliamente reconocido que esas cualidades no estuvieron ni están ausentes en el Uruguay. Y en ello debemos incluir a los militantes de todas las organizaciones de la izquierda si, por encima de sus diferentes concepciones, atendemos a los rasgos revolucionarios que les son comunes. Las traiciones

y defecciones individuales, inevitables en las instancias más difíciles, no empañan esa evidencia.

En este caso, la revaloración crítica no es un signo de debilidad, sino una obligación imperiosa para fortalecernos y avanzar. Las circunstancias obligan, no obstante, a realizar algunas precisiones previas:

- no somos jueces sino parte directamente involucrada y responsable, los aciertos y los errores de todos nos atañen por igual y los sentimos como propios;
- no nos proponemos "confirmar lo que siempre hemos pensado" u otra pedantería por el estilo, la vida nos ha demostrado que "la ciencia no se adquiere sin errores ni derrotas";
- la fidelidad a los principios revolucionarios no puede confundirse con la tosudez y la arrogancia personal o de grupo, con la resistencia a la crítica y a la autocrítica de nuestros actos;
- en consecuencia, no se trata de condenar ni de denigrar a nadie, no somos maestros sino simples aprendices en esta tarea, que no es individual ni de una sola organización o partido;
- extraer las enseñanzas de la experiencia para mejorar los instrumentos de lucha contra nuestros irreconciliables enemigos, es el primer deber y el mínimo homenaje ante los caídos, los presos, los luchadores consecuentes y el pueblo entero;
- "convertir los reveses en victoria", he aquí la máxima revolucionaria de la hora actual.

II. ACUMULACION DE FUERZAS O SITUACION REVOLUCIONARIA.

"Es el abece del marxismo que la táctica del proletariado socialista no puede ser la misma cuando se encuentra ante una situación revolucionaria y cuando esta no existe".

V.I.Lenin

Segun el grado y el ritmo de desarrollo de sus contradicciones internas, en la sociedad capitalista se distinguen dos ti-

pos de períodos históricos cualitativamente diferentes. Unos son los períodos "ordinarios" o "normales", en donde las relaciones de dominación se reproducen con relativa tranquilidad, sin grandes conmociones sociales que cuestionen el sistema de poder establecido. Los otros son los períodos de "crisis" o "revolucionarios", en los cuales se concentran y exacerban de forma peculiar las contradicciones de la sociedad, se acelera considerablemente el ritmo de los acontecimientos y se abre objetivamente la disyuntiva entre la supervivencia o la superación revolucionaria del regimen opresor. Unos y otros presentan distintas posibilidades y exigencias para el desarrollo de la actividad revolucionaria.

Los períodos ordinarios son identificados con esas épocas de la historia en las que "no hay acción política abierta de las masas, y esta acción no puede ser reemplazada ni creada artificialmente por ningún putch"(1). En tales circunstancias, el trabajo de los revolucionarios se dirige a elevar el nivel de conciencia y de organización del proletariado y el pueblo, sabiendo que las confrontaciones decisivas no están a la orden del día. No obstante, las tareas de un período ordinario no se miden exclusivamente por las características del mismo, sino sobre todo por la medida en que contribuyen a crear las condiciones y a preparar a las masas para los períodos revolucionarios. Por eso son llamados períodos "de preparación" o de "acumulación de fuerzas".

Cuando a una crisis en la estructura económica, regular e inevitable dentro del capitalismo, se le superpone la crisis de la superestructura política e ideológica de la sociedad (crisis de hegemonía de la burguesía, incluyendo sus formas de representación y organización de clase), actuando como causa y efecto a la vez de un cambio sustancial del estado de ánimo y la actividad de las masas, es que se ha iniciado un nuevo período histórico: "los períodos revolucionarios se diferencian de los ordinarios y cotidianos, de los períodos históricos de preparación, en que el estado de espíritu, la excitación, la convicción de las masas deben traducirse, y se traducen, en acción" (1). A partir de ese momento, los objetivos y tareas de los revolucionarios se modifican radicalmente, sus posibilidades y consecuencias no son las mismas.

Las crisis históricas del capitalismo, sus características y condiciones de desarrollo, adquieren entonces una importancia crucial para la teoría marxista. Es en esos momentos, "cuando la vieja superestructura se resquebraja en todas sus juntas, cuando la acción política abierta de las clases y de las masas, que crean para sí una nueva superestructura, se ha convertido en un hecho" (2), cuando el triunfo de la revolución se hace posible. Veamos la clásica definición de Lenin sobre los rasgos distintivos que caracterizan la presencia de una "situación revolucionaria": "seguramente no cometeremos un error si señalamos estos tres signos principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las "alturas", una crisis en la política de las clases dominantes que origina una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que "los de abajo no quieran", sino que hace falta además que "los de arriba no puedan" seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de "paz" se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos "de arriba", a una acción histórica independiente. Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria" (3). No se trata de una simple evolución gradual de las condiciones precedentes, sino de un salto cualitativo propio de la dialéctica del movimiento histórico.

Las clases dominantes no pueden preverla ni evitarla, contribuyen incluso con sus actos a generarla y acelerarla. Dos ejemplos recientes: en Iran, cuando la caída del Sha se hizo incontenible, llovieron las recriminaciones mutuas dentro del gobierno norteamericano, por no haber previsto la inminencia de la crisis, pero ni las computadoras de la CIA pueden programarse para situaciones revolucionarias y en Nicaragua, el asesi-

nato de Pedro J. Chamorro, líder de la oposición liberal a Somoza, ordenado por el hijo del dictador en enero de 1978, no sólo eliminó una importante alternativa de recambio del régimen, sino que marco el inicio de las acciones insurreccionales del pueblo que condujeron un año y medio después, a la derrota total del somocismo.

Los revolucionarios deben prepararla conscientemente, pero tampoco pueden prever la forma y el momento de su desencadenamiento, ni estar en condiciones de asegurar, una vez reconocida su existencia, cual sera su desenlace. Porque la situación revolucionaria no conduce necesariamente a la revolución: "...no toda situación revolucionaria origina una revolución, sino tan solo la situación en que a los cambios objetivos arriba enumerados se agregan cambios subjetivos, a saber: la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas suficientemente fuertes para romper (o quebrantar) el viejo gobierno que nunca, ni siquiera en las épocas de crisis, "caerá" si no se le "hace caer"..." (3)

Pero a la vez que insiste en las indeterminaciones propias de la situación revolucionaria, descartando así las ilusiones en un desarrollo mecánico de la misma, Lenin destaca enfáticamente los factores que si pueden determinar el desenlace revolucionario, dejando de lado toda visión espontaneísta del proceso: "¿Durará mucho esta situación? ¿Hasta que extremos ha de agudizarse aún? ¿Desembocará en una revolución? No lo sabemos, ni nadie puede saberlo. La respuesta sólo nos la dará la experiencia del desarrollo del estado de animo revolucionario de la clase avanzada, del proletariado, y de su paso a acciones revolucionarias. Aquí no cabe ni hablar de "ilusiones" en general ni de su refutación, pues ningún socialista, nunca en ninguna parte, ha garantizado que haya de ser precisamente la guerra actual (y no la siguiente) y la situación revolucionaria actual (y no la de mañana) las que engendren la revolución. De lo que se trata aquí es del deber más indiscutible y más esencial de todos los socialistas: el deber de revelar a las masas la existencia de una situación revolucionaria, de explicar su amplitud y su profundidad, de despertar la conciencia revolucionaria y la decisión revolucionaria del proletariado, de ayudarlo a pasar a las acciones revolucionarias, y a crear organizaciones que correspon-

dan a la situación revolucionaria y sirvan para trabajar en ese sentido". (4)

Por lo tanto, la presencia de una crisis histórica del capitalismo o la existencia de una situación revolucionaria, en un país dado, está determinada por un cambio cualitativo en el grado de agudeza y el ritmo de desarrollo de la lucha de clase, con absoluta independencia de la voluntad de sus actores. Los cambios objetivos necesarios para configurar la situación revolucionaria no son igualmente suficientes para determinar, por sí solos, la duración histórica, los extremos de agudeza, ni el desenlace revolucionario de la misma. Las condiciones de madurez de la revolución son alcanzables en ese marco cuando se producen los cambios subjetivos en el estado de ánimo y la organización, y la capacidad de combate del proletariado y las grandes masas, necesario para desarrollar las acciones revolucionarias decisivas. La suma de los cambios objetivos y subjetivos, la madurez de la revolución, constituye entonces un momento histórico específico al interior de la situación revolucionaria, cuya duración en el tiempo y la forma varían en cada caso particular. Lenin distinguió ese momento histórico peculiar mediante el concepto de "crisis nacional general" o "crisis revolucionaria": "...la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para hacer la revolución hay que conseguir en primer lugar, que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros concientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la rápida decuplicación o centuplicación del número de hombres aptos para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios". (5)

A su vez, la crisis revolucionaria no es reducible a un momento único y definitorio de la situación revolucionaria, sino que puede presentarse como una serie de campañas en la que las fuerzas revolucionarias emprenden sucesivas batallas, antes de que se pro-

duzca el desenlace final. O sea que pueden producirse repliegues tácticos de las fuerzas revolucionarias, reflujos momentáneos de la actividad de las masas o incluso derrotas parciales, sin afectar las condiciones generales de la situación revolucionaria. En estos casos, dependerá igualmente de la actividad de los revolucionarios, de la preparación de las masas para más amplios y elevados combates, el desencadenamiento de nuevas crisis revolucionarias hasta llegar al derrocamiento del régimen opresor. Veamos como analiza Lenin la derrota de la revolución de 1905 en Rusia: "La derrota de la revolución como resultado de esta primera campaña ha puesto de relieve, no que fuesen erróneas las tareas, no que fuesen "utópicos" los fines inmediatos, no que fuesen desatinados los medios y los métodos, sino que eran insuficientes la preparación de las fuerzas y la profundidad y amplitud de la crisis revolucionaria... Las clases revolucionarias de Rusia fueron derrotadas en la primera campaña, pero sigue en pie la situación revolucionaria. La crisis revolucionaria se acerca y madura de nuevo aunque en otras formas y por distinto camino, a veces con mucho más lentitud de lo que desearíamos. Debemos llevar a cabo una labor prolongada de preparación de masas más amplias para esa crisis, de una preparación más seria..." (6)

Este fenómeno es observable también en las experiencias revolucionarias más recientes de América Latina, como en Nicaragua y El Salvador. La batalla final que derrocó al somocismo, en julio del 79, fue precedida por una sucesión de ofensivas y repliegues que sorprendieron a más de un analista. Los que parecían errores de apreciación del momento y derrotas difíciles de remontar, en la realidad fueron instancias obligatorias de la preparación y la coordinación práctica de las fuerzas populares para alcanzar la victoria. Cuando la dirección del FSLN logró, en el momento político preciso, combinar prácticamente la ofensiva de sus fuerzas militares con la huelga general y con la insurrección de todo el pueblo, el triunfo revolucionario se hizo irreversible. (7)

De aquí surge una nueva y necesaria distinción, entre la crisis revolucionaria y el momento concreto del "asalto al poder", al interior de aquella, en cuya preparación y elección se decide la batalla final. La significación y las características de ese momen-

to se encuentran en la clásica síntesis leninista de las condiciones para el triunfo de la insurrección: "Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en un complot, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el ascenso revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos de la revolución, débiles, moderados e indecisos. Estas tres condiciones, son las que, en el planteamiento del problema de la insurrección diferencian el marxismo del blanquismo".(8)

Resumamos, brevemente, los conceptos vistos:

1) Períodos ordinarios son aquellos en que "no hay acción política abierta de las masas" y, en consecuencia, las confrontaciones decisivas no están a la orden del día. Para los revolucionarios son períodos "de preparación" o de "acumulación de fuerzas", porque deben contribuir a crear las condiciones y a preparar a las masas para los períodos revolucionarios. El tránsito de un período "de preparación" a uno revolucionario es un salto de naturaleza cualitativa y está determinado por cambios objetivos, con absoluta independencia de la voluntad de las clases, grupos y partidos.

2) Los principales rasgos característicos de una "situación revolucionaria" son: la imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; un agravamiento, superior al habitual, de los padecimientos de las clases oprimidas; y una intensificación considerable de la actividad de las masas, que son empujadas a una acción histórica independiente. Los cambios objetivos que definen la existencia de una "situación revolucionaria" son insuficientes para determinar, por sí solos, la duración histórica, los extremos de agudeza y el desenlace revolucionario de la misma.

3) La madurez de la revolución sólo se alcanza cuando a los cambios objetivos señalados se agregan los cambios subjetivos, en la capacidad de acción del proletariado y de las grandes masas, necesarios

para derrocar al sistema de dominación en crisis. Esos cambios subjetivos no se producen espontáneamente sino por la interacción dialéctica de dos factores fundamentales. La actividad consciente de la vanguardia (su "deber más indiscutible y más esencial") y el ascenso revolucionario del pueblo (a través de "la propia experiencia política de las masas"). Los cambios objetivos y subjetivos sumados conforman la "crisis nacional general" o "crisis revolucionaria".

4) La "crisis revolucionaria" no es obligatoriamente un momento único y definitorio de la "situación revolucionaria", sino que puede presentarse como una serie de campañas o batallas sucesivas, antes de que se produzca el desenlace final. O sea que pueden producirse repliegues tácticos, reflujos momentáneos o derrotas parciales de las fuerzas revolucionarias, según el grado de preparación práctica de las masas, la amplitud y profundidad alcanzada por la "crisis revolucionaria", sin afectar las condiciones generales de existencia de la "situación revolucionaria".

5) El desencadenamiento de nuevas "crisis revolucionarias" depende de la decisión y la capacidad de la vanguardia revolucionaria, apoyándose permanentemente en la disposición y la experiencia política de las grandes masas, para dirigir las hacia más amplios y elevados combates. La victoria de la revolución en medio de una "crisis revolucionaria" está supeditada, por último, a la elección acertada del momento del "asalto al poder", el momento de "la lucha final y decisiva".

Situación revolucionaria (los cambios objetivos), crisis nacional general o revolucionaria (cambios objetivos y subjetivos sumados) y momento del "asalto al poder" (instante decisivo dentro de la crisis revolucionaria), cada uno contenido en el anterior y netamente diferenciados entre sí, son entonces los tres conceptos fundamentales elaborados por el marxismo-leninismo para orientar el análisis del desarrollo probable de la revolución y la conducta consiguiente de los revolucionarios en medio de una crisis histórica del capitalismo en una formación social determinada, en un país concreto.

III. - CARACTER DE LA CRISIS URUGUAYA.

La detencion del crecimiento industrial, a mediados de la decada del 50, sumado al estancamiento en el sector agropecuario, presente desde dos decadas atras, desencadeno una aguda crisis de la economia uruguaya. Crisis estructural del modelo de desarrollo capitalista vigente hasta entonces en el pais: de la via "junker" de explotacion imperante en el campo (el latifundio); de la industrializacion sustentada por el proteccionismo estatal y circunscripta al abasto del mercado interno, y de las relaciones de dominacion imperialista de posguerra liderada por los monopolios norteamericanos, planteaban nuevas exigencias a las economias dependientes latinoamericanas.

La crisis economica tuvo rapidos efectos sociales y politicos. La derrota de Luis Batlle en las elecciones de 1958 fue un resultado del descontento de las capas medias y el proletariado urbanos -expresado por medio de importantes huelgas y movilizaciones, contra las medidas antipopulares adoptadas por el gobierno-, al cual se sumo el malestar de los pequenos y medianos productores rurales, muy afectados tambien por la crisis. La debilidad de la burguesia que lidero la industrializacion derivaba, por un lado, de la imposibilidad de continuar con esa modalidad de acumulacion y, por el otro, de la dificultad para aplicar una politica estatal que condujera a la rigida reestructuracion impuesta por la realidad, porque socavaba sus propias bases de apoyo.

Sin embargo, la disconformidad de los sectores que constituian la base tradicional del batllismo fue capitalizada inicialmente por la fraccion de los grandes terratenientes y del gran capital comercial y financiero, para impulsar una politica aun mas antipopular, acorde con las recomendaciones de los organismos financieros internacionales controlados por Estados Unidos. Ella se tradujo en la Reforma Cambiaria y Monetaria de 1959, en la firma de la primera Carta de Intencion con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y en el aumento de la represion a las movilizaciones populares, que cuestionaban la implementacion de aquellas medidas dirigidas a descargar sobre los trabajadores las consecuencias de la crisis.

Sera la existencia de un movimiento obre-

ro-estudiantil de caracter clasista y combati-vo el factor determinante para que el ascenso y la radicalizacion de la lucha de masas conduzca a la definicion de un programa democratico, antimperialista y antioligarquico, como alternativa de solucion a la crisis, en medio de importantes avances en el grado de organizacion y unidad de las clases populares. Se llego asi a la constitucion de la CNT en 1964, como centro unico de coordinacion sindical, a la realizacion del Congreso del Pueblo en 1965 y a la consolidacion organica de la CNT en 1966, como la mas amplia y unitaria central obrera de la historia uruguaya (9).

Por cierto, ello no fue el resultado de un desarrollo espontaneo del movimiento obrero y popular, sino de la accion en su seno de organizaciones y militantes revolucionarios (anarquistas, comunistas, socialistas, independientes, etc.). Nada menos parecido, tampoco, a un proceso de evolucion lineal, guiado desde sus inicios por una direccion esclarecida. A traves de un largo y contradictorio camino, todas las concepciones debieron superar carencias ideologicas y errores sectarios de distinta especie. Y la unificacion fue posible unicamente por el concurso de todas las orientaciones que, ante la ofensiva de las clases dominantes, demostraron su condicion clasista, solidaria y combati-va. No obstante, reverdecieron despues diversos intentos por desvirtuar la historia y las bases constitutivas de ese proceso unitario.

En el plano politico, las fuerzas populares experimentaron tambien nuevos avances y desarrollos, aunque mas debiles y retrasados en el tiempo con relacion a los que se producian en el movimiento de masas. Los partidos Comunista y Socialista promovieron alianzas con otros sectores democraticos -especialmente, con los primeros desprendimientos de los partidos tradicionales Blanco y Colorado-, pero fracasaron las gestiones emprendidas dentro de la izquierda para ofrecer, en las elecciones de 1962 y 1966, una alternativa politica unida a las variantes burguesas. Simultaneamente, surgieron nuevas organizaciones revolucionarias, como el Movimiento de Liberacion Nacional (MLN) "Tupamaros", incorporando las acciones guerrilleras urbanas al acervo de las luchas populares.

Debe atribuirse, sin duda, a la gravitacion social y politica del movimiento popular uru-

guayo, oponiéndose al reajuste reaccionario exigido por los sectores oligarquicos y el FMI, la prolongacion y la agudeza de la crisis economica, pautada por la inflacion incontrolada y una creciente inestabilidad del gobierno, efecto y causa a la vez de las crecientes pugnas interburguesas. La lucha entre las fracciones principales de la burguesia -la burguesia media y pequena, industrial y agraria, por un lado, y los grandes terratenientes, el gran capital comercial y financiero, por el otro- implico agudos choques por la supremacia en el poder y, al mismo tiempo, alianzas para enfrentarse a las clases populares.

La inflacion galopante, el vuelco de los capitales hacia la actividad financiera y la especulacion voraz, oficio de campo de batalla economico en esa confrontacion, acentuando la recesion y la quiebra de los capitales mas pequenos, en beneficio de los grandes. Uno de los puntos culminantes de ese proceso fue el crack bancario de 1965, que significo la quiebra de importantes sectores del empresariado nacional, en favor de una pequena fraccion oligarquica de grandes terratenientes, industriales y banqueros, liderada por el Chase Manhattan Bank del grupo Rockefeller, que se fortalecio con la concentracion financiera.

A la vez, la necesidad de las diferentes fracciones burguesas de lograr una mayor centralizacion del poder politico, tanto para ejecutar con mayor coherencia sus respectivas politicas, como para responder a la creciente movilizacion obrera y popular, determino las alianzas del conjunto o la mayor parte de la burguesia. Su ejemplo mas significativo fue la reforma de la Constitucion, tendiente a reestablecer y fortalecer un Poder Ejecutivo unipersonal, promovida por los sectores mayoritarios de los dos partidos tradicionales. La aprobacion de la Reforma Naranja y la reasuncion del gobierno por el Partido Colorado, en las elecciones nacionales de 1966, donde la izquierda no aumento significativamente su porcentaje de votos, mostro la vitalidad conservada hasta entonces por el sistema politico-institucional vigente.

El cambio de gobierno no significo, sin embargo, una modificacion sustancial de la situacion imperante que, con la resolucion en el plano economico de la pugna interburguesa a favor del setor oligarquico-imperialista, acuso un acentuamiento de las tendencias antipopulares y reaccionarias. Luego de algu-

nas vacilaciones en el primer año de gobierno, el presidente Gestido anuncio la reanudacion de las negociaciones con las instituciones financieras internacionales. Tras la muerte de aquel, con Pacheco Areco y su gabinete de banqueros y latifundistas se consagro la hegemonia en el Poder Ejecutivo de estos sectores. En vez de conjugarla, este hecho precipito la crisis del sistema de dominacion politica imperante hasta entonces en el pais.

La decision de aplicar hasta sus ultimas consecuencias el plan propuesto por el FMI -expresada en el decreto de congelacion de salarios del 28 de junio de 1968, precedido por la implantacion de las Medidas Prontas de Seguridad y la militarizacion de los bancos oficiales- y la reaccion que ello provoca en el movimiento sindical, a la que se suman las movilizaciones estudiantiles y las acciones de la guerrilla urbana, obligaron al gobierno de Pacheco a recurrir sistemáticamente a las medidas de excepcion y a ignorar las decisiones del Parlamento, pasando por encima de la Constitucion y las leyes vigentes. Ello demostraba que el regimen democratico-representativo uruguayo, a pesar de las modificaciones introducidas en la Constitucion, era insuficiente para imponer el proyecto del nuevo sector hegemónico, cuyo principal cuestionador habia pasado a ser el movimiento popular, en un ascenso sin precedentes de sus luchas.

El proposito de cumplir con las recetas fondomonetaristas estaba presente, es cierto, desde la firma de la primera Carta de Intencion en 1959. Tambien, desde algunos años antes, se registraba un ascenso de las luchas sociales, como consecuencia del estancamiento y la crisis de la economia. En 1963 y 1965, el gobierno Blanco habia recurrido a las Medidas Prontas de Seguridad y en 1966 se introdujeron las reformas constitucionales, las marchas y contramarchas, entre la burguesia industrial que habia liderado la expansion economica anterior a 1955 y la fraccion de latifundistas y capitales monopolicos conectados a la gran banca. En el marco de esas vacilaciones se produjeron importantes conquistas y avances unitarios del movimiento obrero-popular.

Desde julio de 1968 en adelante la situacion es radicalmente diferente porque, si bien varios de sus componentes fundamentales estaban presentes antes de esa fecha, solo a partir de la resolucion de la pugna interbur-

guesa y de la imposibilidad del nuevo sector hegemónico de mantenerse y consolidarse en el poder con el sistema político-institucional vigente, aquellos componentes se agudizan y se convierten en factores permanentes del proceso.

La aguda crisis del sistema de dominación burguesa en Uruguay, que se inicia con el "pachecato" y deriva hacia la dictadura fascista de los generales, sumada al despojo directo y violento de las conquistas sociales y el nivel de vida de las masas, y al ascenso a niveles nunca antes alcanzados de las acciones del movimiento popular, configuran objetivamente la existencia de una situación revolucionaria en el período 1968-73. Prácticamente, la unanimidad de las organizaciones de izquierda reconoció, puntualmente, la existencia de cada una de esas condiciones objetivas, pero no les asignó el mismo carácter cualitativo o no llegó a desarrollar una acción coherente con el, cuando se admitió la proximidad o la presencia de una situación revolucionaria.

En su informe al Comité Central del Partido Comunista Uruguayo (PCU), durante la reunión realizada en abril de 1969, Rodney Arismendi expresó: "La frase: el viejo Uruguay ha muerto, no se volverá ya más al 13 de junio, no es una simple metáfora, expresa una realidad profunda. Las clases dominantes y el gobierno que la representa han dado una nueva vuelta de tuerca, han tornado más crítica la situación económica y social, más explosivo e inestable el cuadro político, profundizándose la lucha de clases: estrecharon los marcos de las libertades, colocaron la agresión política, la represión abierta, con disolución de partidos, incluso, a la orden del día.

En la vida política del Uruguay se ha producido en los últimos meses un cambio cualitativo. El gobierno pasó todos los límites, llegó a extremos a los cuales no se había llegado anteriormente. Y sería erróneo facilitar un retorno al pasado, que pasara esponja sobre lo que avanzó en este período la conciencia revolucionaria de las masas. Ni ellos ni las masas son ya los mismos". (10).

Y en el informe de Balance del Comité Central al XX Congreso del PCU, efectuado en diciembre de 1970, se reafirmaron esas apreciaciones, resumiendo con la clásica frase "Las clases dominantes ya no pueden ejercer su dominio como antes", la crisis del sis-

tema político-institucional, del Uruguay liberal, de los partidos tradicionales, de la moral pública, etcétera, enlazada dialécticamente con el accionar de grandes masas, el fortalecimiento de la clase obrera y su alianza con otros sectores del pueblo, que ya confluían en la constitución del Frente Amplio. No obstante, el carácter del período histórico fue definido así: "Desde el punto de vista de la perspectiva revolucionaria, calificamos todo este período como de "acumulación de fuerzas", diferenciándolo así, por sus tareas inmediatas, de una situación revolucionaria concreta: advirtiendo, sin embargo, que esta categorización no autorizaba a prever un largo lapso de lento desarrollo social. Decíamos: este puede precipitarse en el cuadro de agudización de la lucha de clases de modo increíble en tiempos normales o retrasarse por errores sectarios u oportunistas, o por falta de decisión y perspectivas de las fuerzas revolucionarias". (11).

A pesar de tal advertencia, el PCU mantuvo hasta junio del 73 esa definición y adoptó, en coherencia con ella, una táctica de "golpeteo y desgaste" del gobierno, con el fin de ganar fuerzas y aliados, evitando en lo posible una confrontación decisiva inmediata. Para el PCU, la posibilidad de esta confrontación no estaba determinada por las condiciones objetivas imperantes, sino por la actitud provocativa del gobierno de Pacheco que buscaba, mediante un golpe total, destruir al movimiento obrero y popular. Ateniéndose, con incuestionable rigor, a estos lineamientos tácticos, los militantes del PCU promovieron, en los diferentes frentes de masas, la movilización contra los ataques reaccionarios del gobierno y, al mismo tiempo, disuadieron la coordinación y elevación a niveles superiores de esa lucha, toda vez que ello pudiera comprometer al movimiento popular, por su propia iniciativa, en aquella confrontación.

En el seno de la CNT y la FEUU, la táctica del PCU fue impugnada por otros sectores de la izquierda, que se agruparon en la denominada Tendencia Combativa (TC). Los militantes de la TC bregaron contra el aislamiento y la dispersión de las movilizaciones, por el desarrollo de "un plan de lucha en ofensiva" del conjunto del movimiento popular, con la perspectiva de librar "un enfrentamiento real con el régimen", por las reivindicaciones y el programa de la CNT (12). Un

aspecto destacado de las diferencias surgidas en el movimiento sindical fue la polémica en torno a la conveniencia de lanzar una huelga general -propuesta por el Congreso Obrero Textil, en medio de las intensas luchas del año 1969, y rechazada por mayoría en la dirección de la CNT-, que tomó estado público en la prensa a principios de 1970. Pero las discrepancias se mantuvieron incluso durante la huelga general contra el golpe de Estado del 27 de junio de 1973, cuando se cumplieron todas las circunstancias necesarias para concitar el consenso unánime en la aplicación de esa medida de lucha.

Más allá de los hechos señalados, sin embargo, la TC no era la expresión de una concepción política globalizadora y coherente, capaz de constituir una alternativa de dirección real del movimiento de masas, independiente y superadora de los planteos del PCU. Las diferencias existentes al interior de la TC le impidieron contar con una caracterización común del período histórico en curso, de las tareas táctico-estratégicas abiertas por la situación concreta, y redujeron sus acuerdos a coincidencias meramente coyunturales en torno a la solidaridad, el apoyo a cada conflicto y, en general, a la radicalización de las movilizaciones. Por estos motivos, aunque alcanzó una gravitación significativa dentro del movimiento popular y fue una expresión objetiva del descontento generado por la táctica del PCU, el accionar de la TC no llegó a trascender los vaivenes propios del desarrollo espontáneo o a contragolpe de los acontecimientos.

En el Documento IV, de enero de 1969, el Movimiento de Liberación Nacional "Tupamaros" (MLN-T) evaluó los sucesos del último año de la siguiente manera:

"...hemos asistido:

-Al agotamiento de los partidos políticos tradicionales como soluciones políticas de las clases dominantes. Estas se constituyen directamente en resortes del poder sustituyendo a los políticos profesionales.

-Al agotamiento de las posibilidades de lucha reales del sindicalismo dentro de la actual legalidad. A ello hemos llegado pasando por la represión y por la instalación de la COPRIN.

-Al agotamiento y finiquitación del Uruguay "batllista" o de la "Suiza de América".

-A la irrupción de la violencia y aún de la lucha armada como única alternativa en la

conciencia de los sectores de vanguardia, mientras en el pueblo cunde el escepticismo luego de la represión incontestada y la lucha estéril. Las vanguardias buscan afanosamente nuevos caminos y formas de lucha para afrontar los nuevos tiempos, mientras la masa asordina su desconformidad a la espera de una alternativa que aún no ve. En este último aspecto es en el que quizás hemos estado omisos durante 1968, año que ofreció oportunidades y condiciones propicias para "salir" y construir la alternativa".(13)

Otro elemento presente en la evaluación del MLN-T es que la organización "ha recibido en los últimos meses duros golpes de la represión". Como resultado de todo ello, las conclusiones apuntaban a una respuesta estratégica: "el MLN hoy, ya con lo que tiene, con lo ganado debe jugar la carta de las masas. Apostar a las masas antes de que nos hagan polvo lo que tenemos, lo que hemos ganado"(14). Para el MLN-T, eso significaba pasar, en el menor plazo posible, a "una etapa superior de lucha", la cual era concebida como "la instalación del foco armado operante" contando con el apoyo del pueblo. No obstante, el Documento IV señala las dificultades que, a juicio del MLN-T, existían en el Uruguay para dar un salto de esa naturaleza:

"...En otros países (Cuba y Argelia, por ej), el "momento" fué de relativa fácil elección para los revolucionarios. Eran países donde las condiciones objetivas externas se daban en forma clara. La elección del momento del pasaje de la lucha a otro nivel del inicio de la lucha armada era fácil; dependía casi totalmente de las condiciones internas de las organizaciones revolucionarias, o más genéricamente de las condiciones subjetivas mínimas...

En nuestro país no es así. Además de tener que respetar y medir las posibilidades internas, nosotros tenemos que medirnos constantemente con la situación política externa o más genéricamente con las condiciones objetivas. En este terreno hemos avanzado mucho en los últimos tiempos. Pero la situación, a pesar de que cada vez es más clara para la conciencia de la población, todavía no lo es en la medida de que lo era en esos países".(15)

Y refiriéndose más explícitamente a la presencia en Uruguay de las tres condiciones objetivas que, según la definición leninista,

configuran la "situación revolucionaria", el MLN-T se remitió entonces a un análisis de Vivian Trias, realizado en julio de 1968, cuyas conclusiones expresaban:

"... de las 3 condiciones, la primera se da plenamente, la segunda se da como tendencia exultante y muy cercana a la plenitud, la tercera como tendencia aunque menos acusada que la anterior. De modo que si el Uruguay no está viviendo ya una situación revolucionaria, se acerca a ella inexorablemente" (16).

Dos años más tarde, tras una intensificación considerable, en extensión y profundidad, de las acciones guerrilleras, el MLN-T estimó que el FOCO estaba instalado:

"2. La tesis del Documento 4 que marco el punto de partida de una nueva etapa era en lo general "jugar la carta de las masas" entendiendo por tal cosa el hecho de transformación en FOCO. En lo militar frente a la represión, actitud OFENSIVA. En lo organizativo: las columnas. En lo político: el programa, la propaganda, y la gradación organizativa MLN-PUEBLO.

3. El FOCO está logrado: la cuestión ahora es que hacer en todos los aspectos con él?" (17).

Partiendo de ese nuevo elemento, la Tesis Militar del Documento V define el salto próximo como "aquel que nos conduce a más y mejores niveles de lucha armada, a una mayor generalización de la guerra, al hostigamiento y destrucción directos de las fuerzas armadas del enemigo" (18). En marzo de 1972, un Informe de la dirección del MLN-T considero que ya se había ganado "el apoyo que es doble ganar en el marco de la actual línea" y que para avanzar en la dirección de "ganar masas" era necesario pasar "al hostigamiento directo y sistemático de las fuerzas represivas, como principal modo de acción militar y política" (19). Como es sabido, la ofensiva iniciada el 14 de abril de ese año no produjo el efecto esperado; al no modificarse significativamente la actitud de las masas hacia la guerrilla, el MLN-T se aisló por su propio accionar de los necesarios apoyos sociales y políticos, circunstancia aprovechada por el régimen para asestarle una derrota demoledora.

La constitución del Frente Amplio, nueve meses antes de las elecciones de 1971, sobre la base del programa del Congreso del Pueblo y de la CNT, con el apoyo casi unánime de

la izquierda y de sectores desprendidos de los partidos tradicionales, fue una consecuencia directa de las luchas de los años precedentes, de la necesidad de una fuerza política unida de todo el pueblo para enfrentar a sus enemigos. A pesar de la significación histórica de este hecho, de los avances en nuevas formas unitarias de organización y movilización popular (los Comités de Base), el Frente Amplio no llegó a superar la dispersión política de la izquierda en sus aspectos fundamentales. El propósito de "actuar coordinadamente en todos los campos de la acción política", estampado en la Declaración Constitutiva del frente, no modificó sustancialmente las diferentes concepciones táctico-estratégicas presentes en su seno. En los campos más importantes, la coordinación fue imposible.

Por todo ello, la intensa actividad desplegada por el movimiento popular entre 1968 y 1973 careció de una dirección única y de un plan de conjunto para enfrentar la ofensiva reaccionaria, permitiéndole al régimen golpear por separado a los diferentes sectores y avanzar hacia sus objetivos de reestructuración económica y político-institucional. La modificación institucional más significativa se produjo en las fuerzas armadas que, integradas progresivamente a la represión y depuradas de los mandos "legalistas", adquieren un peso preponderante en el aparato estatal. Bajo el apremio de la "lucha antisubversiva", el Parlamento votó la suspensión de garantías individuales y la ley de Seguridad del Estado, cavándose su propia fosa política.

Pero más allá de los logros del régimen y de los golpes recibidos por las organizaciones populares, el movimiento de masas mantenía una importante disposición de lucha, constituyendo una valla infranqueable en la viabilidad del plan oligarquico-imperialista. El proceso que condujo finalmente al golpe de Estado fascista y al control militar de todos los resortes del poder político, demostro que la consolidación del nuevo sector hegemónico y del consiguiente modo de acumulación capitalista, requería una derrota más amplia y duradera del movimiento popular. Es por eso que el momento culminante de este periodo, donde se jugó la batalla decisiva, fue la huelga general y la resistencia popular al golpe de Estado del 27 de junio de 1973.

La crisis del sistema de dominación y el ascenso persistente del movimiento de masas, por obra de las circunstancias objetivas imperantes, no podían terminar en un empate indefinido o en una leve modificación de la correlación de fuerzas precedente, sino en un cambio radical de la misma, donde uno de los contendores saliera, momentánea o definitivamente, derrotado y el otro triunfante. O dicho de otra manera, fue la existencia de una situación revolucionaria, independiente de la voluntad de las clases y sus partidos, el factor determinante, primero, de que la confrontación general fuera inevitable y, segundo, de que esta se dirimiera en un choque frontal entre el régimen opresor y el movimiento de masas.

La derrota momentánea de las fuerzas populares y revolucionarias tuvo como causas principales los errores de interpretación del momento histórico y la dispersión táctico-estratégica de sus organizaciones de vanguardia, que posibilitaron el agrupamiento de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes y su supremacía en los órganos fundamentales del poder político, especialmente en las fuerzas armadas. En otros términos, las insuficiencias en el desarrollo de las condiciones subjetivas, presentes en los errores y la falta de preparación de las organizaciones revolucionarias, no permitieron que la situación revolucionaria derivara hacia una crisis nacional general o crisis revolucionaria, donde la toma revolucionaria del poder se pusiera en el orden del día inmediato de la acción popular.

En resumidas cuentas, durante el período 1968-73 en el Uruguay existió, por sus condiciones objetivas, una situación revolucionaria. Sin embargo, tal situación no alcanzó, por insuficiencia del desarrollo de los factores subjetivos, las dimensiones de una crisis nacional general. Por último, al no configurarse la crisis revolucionaria, la cuestión del "asalto al poder" no se planteó, en concreto, en ningún momento del período. Sobre la base de este análisis y solamente sobre esta base es posible evaluar el papel desempeñado por las clases y los partidos en medio de la crisis histórica del capitalismo uruguayo. Y ello es necesario - más aun imprescin-

dible -, no por una simple y fútil vocación "ateneísta", sino por las enseñanzas que aporta y los avances cualitativos que proyecta sobre el presente y el futuro de las luchas del pueblo.

IV.-LA POSICION DEL PCU Y SUS FUNDAMENTOS.

Con una larga experiencia partidaria, una revista teórica, medios de propaganda y agitación permanentes, al PCU no se le puede atribuir ligeramente falta de rigor teórico o imprecisión analítica. Y, mucho menos, inconsecuencias prácticas o falta de inserción en la realidad, frente a su incuestionable arraigo en el movimiento de masas, principalmente en la clase obrera. Es por ello que, al intentar una evaluación del papel del PCU es necesario remontarse a su pensamiento político global, en el cual se explicitan claramente los fundamentos de su acción..

En el libro "Lenin, la revolución y América Latina", de Rodney Arismendi, terminado en enero-febrero de 1970 (20), se pueden encontrar ampliamente expuestas las bases teóricas de la interpretación hecha por el PCU sobre la crisis uruguayo. En primer lugar, veamos los conceptos que se refieren a la caracterización de los diferentes momentos históricos, según se desprenden del análisis de Arismendi sobre la situación de América Latina: "... calificamos el momento latinoamericano como "una situación revolucionaria" de tipo general, es decir, una situación en que, objetivamente, maduran o ya maduraron las premisas revolucionarias, en que se producen conmociones políticas y sociales reiteradas, en que se estrecha la base social e ideológica de dominación de las clases dominantes y el imperialismo, en que las panceas se marchitan rápidamente, en que las nuevas capas sociales ensanchan el campo de la revolución, en que la inestabilidad política - cuyas bases materiales están en la profundización de la crisis económico-social - se vuelve un clima habitual...

A este "cuadro" hemos denominado en la literatura del partido, una "situación revolucionaria" de tipo, o de carácter general, diferenciándola - claro está, somos tontos pero no tanto - de la "situación revolucionaria" concreta, o cri-

sis revolucionaria, definida clásicamente por Lenin en "La bancarrota de la II Internacional", y "La enfermedad infantil..." ... Es necesario que, además de la crisis revolucionaria - "crisis nacional" la llama Lenin en "La enfermedad infantil..." -, es decir, además de los factores objetivos se agregue "un cambio subjetivo", a saber ...

Este cambio subjetivo - como lo dice Lenin y lo sabemos todos - no es obra solo de la vanguardia y de su actuación en cualquier circunstancia; Lenin considera la clase obrera y su animo, como primordial para la formación de las condiciones subjetivas, es decir, para llevar a las masas al asalto al poder ... Claro está, de la iniciativa política y táctica de la vanguardia, y de aptitud para hacerlo en la práctica, conduciendo a la clase y a las masas, dependerá la suerte de la revolución.

Todo esto, sin duda, se refiere a la crisis revolucionaria cuya duración tampoco puede confundirse con la hora insurreccional del "asalto al poder" es decir, que no puede medirse en plazos pequeños o en las horas exactas de las más altas explosiones de masas...

No confundimos el concepto de crisis revolucionaria con lo que llamamos "situación revolucionaria" de tipo general" (21).

Del texto surgen claramente los tres aspectos diferenciables de la situación revolucionaria, a saber:

- 1) Los factores objetivos que la determinan;
- 2) El cambio subjetivo en la capacidad de la clase revolucionaria; y
- 3) La hora del "asalto al poder".

Sin embargo, no sucede lo mismo con la denominación del contenido de los momentos por los que puede atravesar la situación revolucionaria. Por otra parte, parecería que se califica de "una situación revolucionaria" de tipo general a lo que hemos denominado en este artículo como situación revolucionaria, a secas, mientras que se reserva el título de "situación revolucionaria" concreta para la crisis nacional o crisis revolucionaria. Por la otra, cuando se explica el contenido de la crisis nacional o revolucionaria, se le reduce a los factores objetivos, a decir que además de ella es necesario que se agregue "un cambio subjetivo". ... En

consecuencia, aunque Arismendi quiere diferenciar el concepto de crisis revolucionaria de lo que llama "situación revolucionaria de tipo general", en el texto quedan, de hecho, nuevamente confundidas.

Esta confusión de orden conceptual está presente en la mayoría de los análisis del PCU sobre el período 1968-73. De otra forma, es inexplicable la renuencia del PCU a calificar el momento uruguayo como una situación revolucionaria - de tipo general, por lo menos, usando su terminología -, frente al cúmulo de elementos enumerados en los propios análisis partidarios, tanto acerca de la crisis del sistema de dominación política tradicional, como de los cambios en la conciencia y la actividad de las masas. Y la confusión se refuerza toda vez que, al afirmar que Uruguay estaba en un período de "acumulación de fuerzas", se lo hace descartando la "situación revolucionaria concreta" y no la "de tipo general" que, si nos atenemos a la diferenciación propuesta por Arismendi, media entre el primero y la segunda.

"Uruguay vive un período de acumulación de fuerzas y no una "situación revolucionaria" concreta", se reitera sistemáticamente. Arismendi insiste en que esta categorización debe concebirse de un modo dialéctico ("si no se quiere extraviar la perspectiva revolucionaria y descuidar las oportunidades que brinda el sobresaltado desenvolvimiento actual de las luchas") y las propias fases de acumulación de fuerzas no se pueden apreciar estáticamente. Pero la confusión conceptual sigue en pie, ya que tales advertencias son consideradas "aspectos de las relaciones dialécticas entre períodos de acumulación de fuerzas y de "situaciones revolucionarias" concretas" (22).

En algunos trabajos más recientes del PCU se repiten los juicios y el método de interpretación señalado. Así, por ejemplo, en un artículo de la revista "Estudios", de junio de 1978, se hace la siguiente descripción del período 1968-73:

"Las confrontaciones sociales y políticas de los años 1968-73 en Uruguay - caracterizadas ante todo por el despliegue de acciones abiertas de masas, el papel del

proletariado y sus organizaciones sindicales y políticas como fuerzas nucleadoras y movilizadoras de una vasta alianza; por la continuidad, amplitud y profundidad de esas acciones de masas ...' (23).

Y en el libro "Uruguay: raíces de la madurez del movimiento obrero", de Enrique Rodríguez, terminado en diciembre de 1979, se reafirma la apreciación de: "...considerar la emergencia de 1978 no como el fin de toda perspectiva o una guerra total sin regreso donde hay que jugar el "todo o nada", sino como una fase mas, por supuesto - y por suerte - mas aguda del proceso revolucionario uruguayo cuando la situación objetiva no era situación revolucionaria concreta, sino una encrucijada preñada, si, de elementos de radicalización pero ubicadas en las etapas de preparación y maduración para el cambio" (24).

Obviamente, no se trataba del "fin de toda perspectiva", ni de "una guerra total sin regreso", como tampoco es una cuestión meramente de terminos lo que esta en juego. Si se quiere afirmar que en Uruguay no se dio la crisis revolucionaria, entendida esta como suma de los factores objetivos y subjetivos consabidos, estamos perfectamente de acuerdo. Pero si ello es verdad, es solo una parte de la verdad, porque el hecho de que no se llegara a una crisis revolucionaria, no es suficiente para negar la presencia objetiva de una situación revolucionaria. Vemos así como la confusión conceptual distorsiona el análisis y, al mismo tiempo, encubre el error de interpretación del momento histórico concreto, a partir del cual se funda lógicamente la táctica del PCU en el periodo: "... la táctica era la de combatir sin dar tregua, pero, de ser posible no llegar a las confrontaciones, evitar el golpe total que el gobierno buscaba, desgastar al enemigo y ganar fuerzas y aliados, esta táctica no podía implicar el retroceder sin lucha, ni permitir que la reacción fuera deshinchando las fuerzas" (25).

En otro trabajo reciente, titulado "El movimiento obrero-popular y la crisis del Uruguay liberal", de Jorge Landinelli, fechado en 1978, se introducen importantes precisiones en torno a la conceptualización de la crisis del capitalismo y, en coherencia con ellas, se llega

a la conclusión de que el Uruguay asistió, entre 1968 y 1973, a una "honda crisis orgánica" del sistema de dominación (26). Al exponer la conceptualización leninista y la teoría gramsciana de la crisis, se equiparan correctamente el concepto de situación revolucionaria y el de crisis orgánica, tal como son presentados por Lenin y Gramsci respectivamente, al mismo tiempo que son diferenciados con claridad de la crisis nacional general o revolucionaria:

"La conceptualización de la crisis en la teoría leninista reconoce entonces una primera formulación teórica en torno a la situación revolucionaria, como instancia de concentración de contradicciones objetivas, indefinida en su duración histórica ... La situación revolucionaria puede caracterizar toda una época crítica. Distinto es el concepto de crisis nacional general o crisis revolucionaria, para el cual existe en su relación práctica un momento histórico determinado, y a su interior un momento concreto para el "asalto al poder", en el cual se unen en la experiencia práctica de las masas, los factores objetivos y subjetivos ...

El momento de síntesis de los condicionantes objetivos (situación revolucionaria) y subjetivos (determinados por la acción del partido) es la crisis revolucionaria, entendida como agudización extrema de las contradicciones económicas, sociales, políticas e ideológicas ...

Del mismo modo que en la situación revolucionaria leninista - a la cual es equiparable conceptualmente - en la crisis orgánica gramsciana no es inevitable la derivación histórica en una crisis de tipo revolucionario" (27)

"Se trata, naturalmente, de una distinción con repercusiones tácticas de fundamental importancia en el leninismo", reconoce con acierto Landinelli. Estas y otras afirmaciones similares no constituyen, sin embargo, el más mínimo obstáculo para avalar la táctica seguida por la CNT, con el peso decisivo del PCU, en todo el periodo:

"Ante el objetivo político de los sectores dominantes de quebrar la oposición sindical, como condición para la plena aplica-

cion de su plan estabilizador, el movimiento obrero se fijo como tarea desplegar una amplia movilizaci6n popular, fortaleciendo y conservando, al mismo tiempo, su sistema de organizaciones, poniendo como b6sico punto de definici6n t6ctica la movilizaci6n de grandes masas a trav6s del desarrollo de las mas variadas formas de lucha... Fue esa la l6nea que oriento la convulsa lucha pol6tica de clases de esos a6os, reafirmada en distintas oportunidades por los diferentes organismos sindicales y puesta a prueba en los mas algidos momentos del proceso" (28)

En este 6ltimo caso, el esfuerzo de rigor conceptual y la caracterizaci6n precisa de la crisis uruguaya se frenan, sorpresivamente, a la hora de extraer las conclusiones correspondientes sobre la t6ctica aplicada por el PCU en la direcci6n sindical. Porque es inadmisibles, desde todo punto de vista, que una t6ctica definida, expl6cita y coherentemente, para un periodo de preparaci6n o de acumulaci6n de fuerzas, pueda traspasarse y justificarse sin alteraciones en el marco de una situaci6n revolucionaria. Es negar "el abecedario del marxismo", en el decir de Lenin.

Ahora bien, mas all6 de ajustes y desajustes, inevitables en la pr6ctica pol6tica, la t6ctica revolucionaria se asienta, en 6ltima instancia sobre dos pilares fundamentales: 1) la estrategia para la toma del poder; 2) la apreciaci6n de la correlaci6n de fuerzas y del momento hist6rico concretos. La inadecuaci6n de una t6ctica al momento hist6rico concreto es, sin duda, un aspecto decisivo para juzgar su pertinencia y evaluar sus resultados. Pero no es suficiente, por si solo, para determinar la invalidez de una l6nea pol6tica general... Tampoco lo es para concluir que sus efectos han sido totalmente negativos o contraproducentes en el desarrollo de la lucha popular.

Con mayor anticipaci6n, solidez te6rica y precisi6n anal6tica que el resto de la izquierda el PCU defini6 las principales caracter6sticas y tendencias hist6ricas de la sociedad uruguaya. Sobre todo, a partir del XVI y XVII congresos que culminaron con la aprobaci6n, en 1958, de la Declaraci6n Program6tica y la Plataforma Pol6tica Inmediata. Las tesis program6ticas del PCU caracterizaron la revoluci6n uruguaya como antiimperialista, agraria y democr6tica, y como tal, en las condiciones hist6ricas de la 6poca ac-

tual, primer tramo de la revoluci6n socialista. Traducida en t6rminos de una alternativa de poder democr6tica y avanzada, esa revoluci6n implica el derrocamiento del bloque burgu6s dominante (grandes terratenientes, grandes capitalistas y los monopolios extranjeros) y su sustituci6n por una amplia alianza popular encabezada por la clase obrera.

Al mismo tiempo, en la Plataforma Pol6tica Inmediata se propuso, como un gran objetivo t6ctico, la lucha por "una hora pol6tica nueva del Uruguay", un cambio cualitativo de la correlaci6n de fuerzas pol6ticas, que no ser6a todav6a el gobierno y el r6gimen democr6tico avanzado al no contar, entre otras diferencias sustanciales, con la hegemon6a del proletariado, pero suspon6a el predominio de los sectores patri6ticos y democr6ticos en la vida nacional, desplazando del gobierno a los agentes mas descarados del imperialismo y la reacci6n. La conquista de tal situaci6n pol6tica en Uruguay significaba para el PCU "el mayor avance de su historia y tambi6n el sendero de aproximaci6n mejor y menos doloroso a la revoluci6n agraria y antiimperialista".

Con el nuevo giro dado a la lucha de clases por la crisis econ6mica y social, en medio de la cual se producen importantes conquistas y avances del movimiento obrero y popular, el PCU vio confirmadas en la pr6ctica sus principales tesis pol6ticas. Al afirmar la existencia de "un cambio cualitativo", a partir de las movilizaciones del a6o 68, el PCU corroboraba la posibilidad de gestar la nueva situaci6n pol6tica prevista en los an6lisis partidarios. Al mismo tiempo, el PCU adapt6 con flexibilidad sus objetivos t6cticos y, ante la crisis de los partidos tradicionales y la creciente gravitaci6n pol6tica del movimiento popular, consider6 llegada la hora de constituir una nueva fuerza capaz de desalojar a la oligarqu6a del gobierno, iniciando transformaciones nacionales, democr6ticas y avanzadas. Esa posibilidad se abri6 concretamente con la creaci6n del frente amplio y la postulaci6n del general Seregni a la presidencia de la Rep6blica.

"En el Uruguay existe una situaci6n totalmente nueva en la cual nuestro pueblo tiene la oportunidad de recorrer por v6as peculiares el camino de su liberaci6n", declar6 Arismendi tres meses antes de las elecciones nacionales del a6o 1971 (28).

Estaba fresco entonces el triunfo de la Unidad Popular en Chile y el desarrollo de la crisis uruguaya, con sus rasgos propios, alentó en vastos sectores del movimiento popular la posibilidad de recorrer un camino similar. Esta expectativa no fue un patrimonio exclusivo del PCU, sino que fue compartida por las organizaciones y partidos integrantes del Frente Amplio, e incluso por otros que señalaron sus diferencias con el frente. Un documento del MLN-T expresó al respecto:

"6. El triunfo electoral de la UP en Chile ha permitido alcanzar el gobierno y por lo tanto importantes resortes del poder. Pero la cuestión del poder está pendiente y se dilucidará cuando se defina la posición de la fuerza armada. La situación es tensa y los primeros pasos del gobierno popular parecen bien encaminados. Sea cual fuere el tránsito futuro en Chile nosotros no tenemos nada que perder frente a esta experiencia. El triunfo electoral ha demostrado la factibilidad de esa estrategia (frentista y electoral) para llegar al gobierno y aproximarse al poder en países de alta organicidad política (Argentina, Brasil, y Uruguay la tienen).

7. Los últimos hechos (Perú, Bolivia y Chile) han replanteado el problema de las vías de aproximación al poder y han demostrado la gama posible. La validez o no de estas vías para procesar cambios revolucionarios sólo podremos definirla en un período más largo de tiempo. No se puede afirmar aún que aquellas sean pacíficas, aunque sí que son poco cruentas y que posibilitan, en caso de ser necesario, la violencia. Partir con un caudal de masas y resortes de poder que pueden hacer más rápida y segura la victoria" (30)

Para algunas organizaciones de la izquierda como la Resistencia Obrero-Estudiantil (ROE), la formación del Frente Amplio, sus propuestas y acciones, fueron una simple manifestación de viejo cuño electoralista y reformista, la reiteración de un camino "inviabile" para el acceso al poder (31). Estas críticas continuaban pagando tributo a la errónea distinción entre "métodos reformistas" y "métodos revolucionarios" o, en otros términos a la confusión entre las "vías de aproximación" al poder, por un lado, y el "camino principal" o "la vía" de la revolución, por el otro. Las "vías de aproximación" al poder pueden ser múltiples y

variadas, dependen de las circunstancias concretas del momento y están en función del desarrollo de la experiencia política de las masas, preparando las acciones revolucionarias decisivas. El "camino principal" o "la vía" de la revolución definen, en cambio, la forma más probable del tránsito revolucionario hacia los objetivos estratégicos, con base en los rasgos fundamentales del estado opresor y de la época histórica en curso. Obviamente, las primeras y la segunda, aunque diferenciadas, no son independientes.

Ni la derrota electoral del Frente Amplio en Uruguay, ni el derrocamiento violento de la UP en Chile, invalidaron estas experiencias como "vías de aproximación" al poder, bajo similares circunstancias y condiciones. Y, al mismo tiempo, ambas reforzaron la convicción cada vez más generalizada en torno a la lucha armada como el "camino principal" o "la vía" de la revolución latinoamericana. Durante el período 1968-73, en el Uruguay se experimentaron, simultánea o alternativamente, tres "vías de aproximación" al poder: la guerra de guerrillas, en su versión predominantemente urbana; la movilización para las elecciones nacionales del año 1971; y las acciones políticas de masas, en la forma de paros, huelgas y manifestaciones callejeras, coordinadas entre gremios, partidos y otras organizaciones populares. Ninguna de ellas eran, obligatoriamente, incompatibles entre sí o contradictorias con "la vía" armada de la revolución.

Las incompatibilidades y las contradicciones existieron a lo largo de todo el período, incluso entre los sectores que compartieron o apoyaron críticamente al Frente Amplio, como consecuencia de la dispersión táctico-estratégica ya señalada. Pero al evaluar la conducta del PCU, si nos atenemos a sus concepciones teóricas y la consecuencia práctica con ellas, no se pueden mezclar los problemas de las "vías de aproximación" al poder con el de "la vía" de la revolución:

"Combatibilidad y utilización adecuada de métodos de lucha armada parecen para algunos -dice Arismendi-, oponerse a flexibilidad táctica, incluso hasta a la conformación del frente liberador, o sea a la alianza social y política de las fuerzas de la revolución. Incluso, cuando las libertades democráticas son atacadas, se proclama su desprecio por ellas, como formas de la dominación burguesa. Y por otro lado, otros ven en la

lucha armada -puesta en el orden del día por el imperialismo y los gorilas- poco menos que un síntoma de infantilismo político"(32)

La apreciación de la vía armada como la perspectiva revolucionaria más probable en la mayor parte de América Latina y la necesidad de dominar efectivamente todas las formas posibles de lucha, para estar en condiciones de pasar en cualquier circunstancia de una a otra forma, se incorporaron explícitamente al pensamiento al pensamiento político del PCU, a partir de los años 1963-64, al analizar concretamente la nueva fase o etapa abierta en las luchas del continente. En el caso particular de Uruguay, la elección de los objetivos políticos alcanzables y de las formas de lucha a desarrollar se vinculó al momento histórico concreto, en los siguientes términos:

"Clásicamente, si en un país dado no existe una situación revolucionaria, la toma del poder por vía pacífica o violenta no está en el primer punto del orden del día. La cuestión de la lucha armada es antes que nada un problema político que debe ser resuelto de un modo concreto. La lucha armada exige para su iniciación, por lo menos: a) la existencia de una crisis revolucionaria; b) la estimación exacta del momento político para la acción, determinado muy claramente por Lenin en "El marxismo y la insurrección"; c) la conquista siempre de la simpatía de la mayoría de la clase obrera y el pueblo.

En un período de acumulación de fuerzas, tales condiciones no existen"(33).

Es metodológicamente inobjetable el criterio de validar las formas de lucha en el marco de la situación política concreta y aquí nos encontramos, nuevamente, con las diferencias de apreciación sobre el carácter de la crisis uruguaya en los años 1968-73. No obstante, llama la atención que la iniciación de la lucha armada -en general, sin mayores distinciones- sea remitida a la crisis revolucionaria y al momento del "asalto al poder". Salvo que la lucha armada sea reducida a la insurrección final y decisiva -convirtiendo en norma las circunstancias peculiares de un país, como es el caso de la Revolución de los Soviets en octubre de 1917-, tales exigencias no solo son ajenas a la teoría marxista, sino que la vida, ese árbol eternamente verde, ha mostrado y está mostrando, particularmente en América Latina e incluso en nuestro país, la diversidad de alternativas y sus condicio-

nes de vigencia política, en un espectro mucho más amplio de situaciones y posibilidades. Pero antes de extraer conclusiones al respecto vayamos, justamente, a un análisis más específico de las formas concretas que adoptó la cuestión de la lucha armada en el Uruguay.

V.- LA SIGNIFICACION DEL MLN (TUPA-MARQS).

"...si al apreciar los períodos revolucionarios nos circunscribimos a determinar la línea de acción de las distintas clases sin analizar sus formas de lucha, nuestro juicio será incompleto, no dialéctico desde el punto de vista científico, y degenerará, desde el punto de vista político práctico, en razonamientos sin vida..."

V.I.Lenin

La concepción general orientadora del MLN-T fue la de prepararse para una guerra de guerrillas prolongada, que pudiera inscribirse en la estrategia definida por el "Che" Guevara de "crear muchos Vietnam"(34). Desde sus inicios hasta los golpes represivos del año 72, es posible distinguir tres grandes períodos en la historia del MLN-T. El primero, del 63 al 67, de construcción paciente y silenciosa del aparato mínimo para la acción. El segundo, del 67 al 69, donde el MLN-T impone su presencia política, extiende y consolida organizativamente el foco armado. El tercero, del 69 al 72, la búsqueda infructuosa del camino para ganar las grandes masas y pasar a una etapa superior de lucha.

Tanto de la lectura de sus documentos como de su práctica política, se desprende que el MLN-T fue sumamente atento a las peculiaridades histórico-sociales del Uruguay para implantar una nueva forma de lucha. Se trataba no solo de colocar la violencia armada en el quehacer político uruguayo, sino de desarrollar además un tipo de acción, la guerrilla urbana, en muchos aspectos inédita o cuestionada para la experiencia revolucionaria internacional. No caben dudas de que este doble propósito fue alcanzado exitosamente, haciendo trascender la condición original del MLN-T, como un pequeño grupo conspirativo, para convertirlo en un fenómeno socio-político de primera magnitud en medio de la crisis:

"A todo lo que esto significa y trasunta, hemos llegado después de cinco años de trabajo silencioso, y después de un año de lucha como fue 1968. No es nuestro mérito el fundamental, sino que en todo caso es debido a una situación peculiar de nuestro país en la que nadie creyo. (Releer el libro de Debrey y "El Uruguay no era una excepción", Ariel Collazo, Revista America Latina, No. 2, 2da. epoca)".(35)

Por otra parte, según la caracterización que hemos hecho del período 1968-73, el MLN-T fue la organización que más certeramente se acercó al reconocimiento de la existencia de una situación revolucionaria. Como fue señalado, el Documento IV hizo suyo el criterio de que "si el Uruguay no está viviendo ya una situación revolucionaria, se acerca a ella inexorablemente". A partir de 1969, al MLN-T se le plantea como tarea inmediata y concreta -no ya como objetivo general, presente desde sus orígenes- la opción estratégica de ganar y movilizar al pueblo, "la carta de las masas". La resolución práctica del problema fue considerada un doble reto histórico, en los siguientes términos:

"-Como la Organización y su método pasan a ganar las grandes masas.

-Como la Organización y su método pasan a una etapa superior de guerra, a una etapa donde se destruya el aparato armado que sostiene a la oligarquía".(36)

El MLN-T se planteó en consecuencia nuevas tareas políticas y organizativas, la construcción del "Frente de Liberación Nacional" entre ellas definido como "el núcleo y el norte de nuestra estrategia a corto y mediano plazo"(37). Sin embargo, ello no se tradujo en un cambio sustancial de la concepción político-militar, la que siguió girando en torno a la guerra de guerrillas. La perspectiva insurreccional está presente, pero no se la ve cercana ("la correlación de fuerzas internas y externas no nos es favorable") y se la concibe en las fases decisivas finales. Mientras tanto, el principal factor polarizante y radicalizador del proceso continúa siendo el foco armado:

"10. La organización como vimos tiene un reto histórico planteado, consistente en un nuevo salto cualitativo en el proceso de su lucha. Debemos pasar de la actual etapa a una superior de guerra generalizada de insurrección al poder. Ese sería "el salto" má-

ximo concebible, pero a los efectos que más nos importan en lo inmediato debemos manejarlos con categorías de menor envergadura.

11. En ese sentido podemos definir el salto próximo como aquel que nos conduce a más y mejores niveles de lucha armada, a una mayor generalización de la guerra, al hostigamiento y destrucción directos del enemigo, por tanto, a un aumento de la polarización, a una radicalización mayor del proceso y a un uso más pleno de las armas y la gente disponible"(38).

Más allá de la diversificación de los frentes, el crecimiento del aparato armado se mantuvo como objetivo principal del trabajo político; las acciones militares se multiplicaron (secuestros, Plan Cacao, Carcel del Pueblo, etc.), sin lograr modificaciones significativas en la movilización de "las grandes masas". La subestimación del papel del movimiento de masas y de sus posibilidades propias de acción, reducidas en la práctica a la simple función de apoyo a la guerrilla, incidió de manera determinante en tales resultados. Y este no parece ser "el pecado original" del MLN-T, ya que es posible observar a través de sus propios escritos los cambios de apreciación que se fueron produciendo. Veámoslo en tres momentos diferentes:

1) En junio del 67, al definir las tareas en el frente de masas, el Documento I realiza las siguientes apreciaciones:

"1. Por ahora el movimiento sindical es la principal forma de organización de las masas uruguayas.

2. La CNT es el más alto grado de organización lograda por el movimiento obrero, en su historia...

5. El Estado ha enfrentado repetidas veces al movimiento obrero con violencia y no ha logrado quebrarlo organizativamente (en los últimos tiempos).

6. El programa actual de la CNT llevado adelante, implica un enfrentamiento directo con el régimen que no tiene otra salida que la violencia...

9. Los sindicatos, aun con sus limitaciones actuales, han comprometido y pueden comprometer a la mayoría de la población trabajadora en una lucha frontal contra el gobierno que muchas veces ha sido resuelta apelando a las FF.AA. De existir una organización revolucionaria con posibilidades de llevar adelante, a etapas superiores la lucha

de clases, podemos tener una lucha en mejores condiciones, con gran parte de la poblacion a favor y los resortes del Estado deteriorados".

II) En enero de 1969, el Documento IV plantea la situacion en estos terminos:

"La principal forma de organizacion de las masas, el movimiento sindical, ha resultado ineficaz, con los metodos tradicionales de lucha, para enfrentar los nuevos tiempos preñados de represion (...). La "legalizacion" de la represion, plantea la necesidad de nuevos encuadres organizativos y nuevos metodos de lucha para el movimiento popular, que se va insinuando espontaneamente o se van desarrollando a traves de la labor conciente de las vanguardias revolucionarias..."

"Debemos crear formas de autodefensa popular, umbral de la accion militar, mas conciente y organizada.

Esta sera la clave el triunfo.

Esta sera la tarea central del aparato politico del MLN".

III) Por ultimo, en marzo de 1972, se establecio el punto de vista que damos a continuacion:

"... a nivel de las movilizaciones de masas y su radicalizacion, antes podiamos esperar que se gestara espontaneamente o que otra fuerza politica lo hiciese, pero hoy cabe preguntarse: ¿que otra fuerza politica esta en mejores condiciones que nosotros para hacerlo? Si no lo intentamos nosotros ¿quien lo hara?

9. No podemos supeditar el inicio de esta nueva etapa al hecho de contar o no con el mayor apoyo politico. Por supuesto sera la direccion la encargada de medir entre todos los momentos posibles el mejor. Pero en lineas generales hemos ganado ya el apoyo que es dable ganar en el marco de la actual linea. Para avanzar mas en el terreno de ganar masas es necesario ahora invertir la cuestion: es imposible ganar mayores contingentes, si no elevamos en cantidad y calidad el nivel de nuestra accion". (39)

En marzo del 72, a pesar de sus limitaciones de direccion y de los golpes recibidos, ¿los sindicatos estaban quebrados organizativamente o se habian vuelto ineficaces? Evidentemente, no. A su vez, ¿se podia afirmar que la CNT y el Frente Amplio habian perdido su capacidad de convocatoria politica ante las masas? Tampoco. Asi lo demostraron dos enormes paros generales, el repudio mul-

titudinario al asesinato de ocho militantes comunistas y el acto del Frente Amplio, realizados en el mes de abril, la gran movilizacion del 1o. de Mayo y las que le sucedieron en los meses posteriores. A cambio de ello, el MLN-T no habia logrado sustituir esas formas de expresion del pueblo, con "nuevos encuadres organizativos y nuevos metodos de lucha", como para disponer de una capacidad de convocatoria alternativa. No obstante, se proclamo ganado el apoyo posible y necesario para plantearse, por decision unilateral del MLN-T, "derrotar a las FF.AA." y la "toma del poder a mediano plazo". (40)

Finalmente, la huelga general y la resistencia popular al golpe de Estado del 27 de junio del 73, mas alla de sus carencias y sus resultados inmediatos, mostro palmariamente la persistente disposicion de lucha de las masas, la vitalidad de las formas organizativas desarrolladas hasta entonces y las enormes reservas revolucionarias presentes en nuestra clase obrera y nuestro pueblo. A la luz de estas experiencias fundamentales, es imperativo tentar algunas conclusiones basicas: la guerra de guerrillas, uno de los metodos de la lucha armada revolucionaria, valido politicamente su presencia en el proceso uruguayo, pero llego a un tope politico-militar en sus posibilidades de desarrollo; la superacion de ese limite no dependia del incremento en el accionar guerrillero, sino de un cambio cualitativo del metodo aplicado hasta entonces, de la incorporacion de las nuevas formas de organizacion y de lucha que surgian germinalmente en el movimiento popular; en definitiva, consistia en un cambio de la estrategia del MLN-T hacia una concepcion mas amplia de la guerra popular que, contemplando la combinacion de diferentes metodos de lucha, se centrara presumiblemente en la perspectiva insurreccional como forma principal de la lucha de masas.

La violencia creciente en las manifestaciones callejeras, donde estudiantes, obreros y pueblo enfrentaron fisicamente a los cuerpos especiales de la represion; la extension de las ocupaciones de centros de trabajo y estudio, a las que se sumaba generalmente el control obrero de los medios de produccion y de los servicios fundamentales a la poblacion; y la progresiva implantacion territorial de las movilizaciones populares (Juntas Vecinales del Congreso del Pueblo,

Mesas Zonales de la CNT, Comites de Base del FA, etc.), fueron nuevas formas de organizacion y de lucha que, con la participacion de amplias masas, surgieron en el proceso y que bien pueden considerarse los germenos de una situacion insurreccional en ese periodo. La huelga de los obreros frigorificos en el 69, contando con el respaldo total de la poblacion del Cerro, los agudos choques con la represion, que llevaron a la clausura de los accesos a la zona, impidiendo la entrada de omnibus y policias, fue quizas el punto mas alto de estas experiencias insuficientemente estudiadas, sistematizadas y acumuladas por las organizaciones de la izquierda.

Sin olvidar las diferencias del caso, el ejemplo mas reciente de la revolucion nicaraguense aporta importantes elementos para comprender la naturaleza del problema, en cuanto a la relacion entre la guerrilla y la insurreccion de las masas, sobre las decisiones drasticas impuestas por el pasaje de una a otra forma de lucha, etcetera. En la conocida entrevista al Comante Humberto Ortega se muestran los antecedentes y la evolucion sufridos por el FSLN:

"La verdad es que siempre se penso en las masas, pero se penso en ellas mas bien como un apoyo a la guerrilla, para que la guerrilla como tal pudiera quebrar a la Guardia Nacional, y no como se dio en la practica: fue la guerrilla la que sirvio de apoyo a las masas para que estas, a traves de la insurreccion desbarataran al enemigo. Asi pensabamos todos. Fue la practica la que nos fue cambiando y nos hizo ver que para vencer habia que activar no solo nuestros contingentes guerrilleros sino que tenian que participar las masas activamente en esa lucha armada, porque el movimiento armado de la vanguardia nunca iba a tener el armamento necesario para quebrar a ese enemigo..."

Y mas adelante agrega:

"Despues de Monimbo (la primera insurreccion de masas) nosotros desintegramos la columna Carlos Fonseca y la lanzamos a los centros mas neuralgicos de la actividad economica, social y politica del pais. Para nosotros no existe esa dualidad montaña-ciudad sino estar en las masas ...

Con todo lo que paso de octubre a

Monimbo nosotros deciamos:

hay que ponerse al frente de ese movimiento de masas para no dejar que la represion lo agote, porque si este se agota por muchas columnas guerrilleras que tengamos no triunfaremos en un corto plazo.

Entonces el eje central del triunfo no fue lo militar, fue la participacion de las masas en esta coyuntura insurreccional"

La significacion politica del MLN-T en el proceso uruguayo es inseparable de las circunstancias historicas concretas por las cuales atravesaba el pais ese momento. La incorporacion de la guerrilla urbana al acervo de las luchas populares, en tanto expresion politica revolucionaria de importantes sectores sociales, fue un producto directo del desencadenamiento de una crisis historica del sistema de dominacion capitalista vigente en el Uruguay. La pretension de circunscribir el fenomeno del MLN-T (otras organizaciones practicaron tambien, en menor medida, similares formas de accion) a la manifestacion de pequenos grupos conspirativos o, en el mejor de los casos, de un exclusivo sector social, las capas medias radicalizadas, no resiste la prueba de los hechos. Por todo ello, el analisis del MLN-T no puede reducirse a la conciencia que del mismo tuvieron sus mas directos protagonistas y tampoco se agota en el juicio acerca de las concepciones que orientaron a sus dirigentes y militantes.

A los efectos de explicarnos con mayor amplitud, recurramos primeramente a las tesis teoricas del marxismo al respecto:

"¿Cuales son los requisitos fundamentales que todo marxista debe exigir, cuando se examina el problema de las formas de lucha? En primer lugar, el marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no vincula el movimiento a ninguna forma de lucha especifica y determinada. Reconoce las mas diversas formas de lucha, pero sin "inventarlas", sino simplemente generalizando, organizando e infundiendo conciencia a aquellas formas de lucha de las clases revolucionarias que por si mismas surgen en el curso del movimiento. El marxismo, que rechaza incondicionalmente todo lo que sean formulas abstractas o recetas doctrinarias, reclama que se preste la mayor atencion a la lucha de masas en marcha,

que, con el desarrollo del movimiento, con el crecimiento de la conciencia de las masas, con la agudización de las crisis económicas y políticas, engendra constantemente nuevos y cada vez más diversos modos de defensa y ataque. De ahí que el marxismo no rechace incondicionalmente ninguna forma de lucha. El marxismo en modo alguno se limita a las formas de lucha posibles y existentes solamente en un momento dado, sino que reconoce la inevitable necesidad de formas de lucha nuevas, desconocidas para quienes actúan en un período determinado y que surgen al cambiar la coyuntura social dada...

En segundo lugar, el marxismo exige incondicionalmente que el problema de las formas de lucha se enfoque históricamente. Plantear este problema al margen de la situación histórica concreta es tanto como no comprender los rudimentos del materialismo dialéctico. En diferentes momentos de la evolución económica, en dependencia de las diversas condiciones políticas, culturales, nacionales y de vida, etc., se destacan en primer plano diferentes formas de lucha, como las formas de lucha fundamentales y, en relación con esto, varían a su vez las formas secundarias, accesorias. Querer contestar simplemente que sí o que no a un determinado medio de lucha, sin entrar a considerar en detalle la situación concreta del movimiento de que se trata en una fase de su desarrollo, equivale a salirse totalmente del terreno del marxismo" (41)

La nueva forma de lucha introducida por el MLN-T adquiere plena vigencia política cuando, en medio de la crisis económica y política del capitalismo "batllista", pasa a ser la expresión política de significativos sectores del pueblo. Sin la crisis del Uruguay liberal, con sus secuelas de negociados, demagogia, corrupción, represión y miseria descargados sobre el pueblo, las acciones del MLN-T habrían carecido de justificación política. Sin un relativamente amplio respaldo popular, por mejor que estuvieran justificadas las acciones para sus autores directos, el MLN-T no habría podido crecer y consolidarse como lo hizo, una vez descubierta públicamente su identidad política.

Ambos factores - el carácter de la cri-

sis y la actitud de las masas en ese marco -, unidos dialécticamente con la iniciativa y la decisión revolucionaria del MLN-T, validaron históricamente la presencia de la guerra de guerrillas en el Uruguay. Y fueron esos mismos factores, los que, modificados cualitativamente en el curso de los acontecimientos, pusieron en cuestión a las propias concepciones del MLN-T, cuando estas no fueron capaces de adaptarse a las exigencias del nuevo período iniciado. De ahí que los diferentes juicios emitidos en la izquierda sobre el papel del MLN-T - ya sea desde adentro o desde afuera de la organización, tanto de sus apologistas como de sus detractores -, cuando prescinden o valoran erróneamente el contexto histórico de su acción, son igualmente unilaterales y por consiguiente equivocados.

Juicios unilaterales han sido aquellos que, al margen de las circunstancias objetivas imperantes, le atribuyeron exclusiva o principalmente al MLN-T el desenmascaramiento y la crisis irreversible del Uruguay liberal. Igualmente unilaterales fueron los juicios que se limitaron a descalificar, política e ideológicamente a las concepciones del MLN-T, sin reconocer su papel en la emergencia de nuevas formas de lucha popular y revolucionaria. El surgimiento de la lucha guerrillera en el Uruguay era otro signo indicativo del rumbo tomado por la crisis del capitalismo en el país y como tal debió ser integrado positivamente entre las nuevas formas de acción desarrolladas por el movimiento popular para enfrentar la ofensiva reaccionaria de las clases dominantes y el imperialismo.

Y volvamos hacia atrás. Al definir su posición sobre la vía de la revolución latinoamericana, el PCU no dejó al margen el tema de las guerrillas. Según Arismendi, el PCU:

"Las ve como un tipo de réplica a la violencia imperialista, como reflejo de la convulsa situación del continente y de la inquieta búsqueda de caminos por nuevos sectores de revolucionarios, más allá de los errores políticos e ideológicos cometidos a veces. Destaca la fertilidad de la guerrilla y como una forma combativa posible, en condiciones políticamente adecuadas, en el intervalo de grandes batallas de la guerra civil, según el ejemplo estudiado por Lenin en 1906, ya como forma insu-

reccional en determinados casos y situaciones. Aunque advierte que no la considera apropiada a toda situación política, ni la cree forma omnimoda de la lucha armada. Por el contrario, destacamos que la forma insurreccional clásica - practicada con perfección por Lenin en octubre del 17 - es de vigencia probable en países de este continente" (42)

A pesar de que el Uruguay se encontraba precisamente en los albores de una guerra civil, el PCU considero que las condiciones para el surgimiento de la guerrilla no eran las adecuadas y coloco al MLN-T entre los errores ideológicos y políticos atribuidos a otros sectores de la izquierda. De esta forma, los errores del MLN-T fueron tomados por el PCU como confirmatorios de la justeza de sus apreciaciones políticas y estas permanecieron inalterables a lo largo de todo el periodo.

En uno de los recientes esfuerzos por reafirmar, a toda costa, la táctica seguida por el PCU, se ubica al MLN-T y otras expresiones similares como simples "intentos de conducir a los combatientes por rutas extraviadas y aventureras", producto de concepciones "paralelas" y "competitivas" con el movimiento de masas. Y mas adelante, luego de lamentar "el deslumbramiento de la guerrilla urbana que conmovia naturalmente muchos corazones juveniles", se llega sostener que si en el Uruguay de 1972 se hubiera dado un desarrollo "normal" de los acontecimientos (entiendase: si el MLN-T no hubiese existido), "el destino de Bordaberry estaba sellado, debía renunciar y abrir paso a las opciones constitucionales" (43).

"La lucha guerrillera es forma de lucha inevitable en tiempos en que el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho hasta la misma insurrección y en que se habren intervalos mas o menos grandes entre las "grandes batallas" de la guerra civil. Lo que desorganiza el movimiento no son las acciones guerrilleras, sino la debilidad del partido, que no sabe tomar en sus manos estas acciones... Incapaces de comprender cuales son las condiciones históricas que provocan esta lucha, somos tambien impotentes para contrarrestar sus lados perjudiciales. Pero la lucha sigue su curso, a pesar de todo. Esa lucha responde a causas

economicas y politicas. No esta en nuestras manos hacer desaparecer estas causas ni hacer desaparecer esta lucha. Nuestras quejas acerca de la lucha guerrillera son, en realidad, quejas acerca de la debilidad de nuestro partido, en lo tocante a la insurrección" (44)

Esto fue escrito por Lenin, hace mas de 70 años. No obstante ello, nos exime de mayores comentarios.

VI.-LA POLEMICA EN TORNO A LA HUELGA GENERAL.

El tema de la huelga general estuvo planteado, concretamente, en abril de 1964, cuando trascendieron las intenciones golpistas de un sector del ejercito. Desde entonces, la huelga general con ocupacion de los lugares de trabajo, como respuesta al golpe de Estado, paso a ser una decision permanente del movimiento sindical. Pero a partir de junio de 1968, el tema adquiere renovada vigencia, no tanto porque el golpismo militar constituyera una amenaza inminente, sino ante las proporciones de la escalada liberticida emprendida por el gobierno de Pacheco.

Las discusiones mas importantes sobre las condiciones y las posibilidades de la huelga general se dieron en la direccion de la CNT:

"El mismo 13 de Junio de 1968, en declaracion que la Mesa Representativa aprobo por unanimidad, la CNT establecio su disposicion de enfrentar cualquier tentativa de golpe de Estado, procediera de donde procediera, con la Huelga General y ocupacion de los lugares de trabajo.

A medida que el Poder Ejecutivo, pierde base de sustentacion politica y vuelve mas tirantes sus relaciones con un Parlamento, que no hace mayoria para enfrentarlo en sus abusos antipopulares, realizados al margen de la Constitucion y de las leyes, es necesario reafirmar esa posicion inicial del movimiento sindical.

Tambien se ha planteado la necesidad de que los sindicatos se pronuncien y realicen una gran labor de preparacion y organizacion para que la medida tenga una aplicacion efectiva en la circunstancia indicada o en cualquier otra cuyas consecuencias negativas para el movimiento popular se estimen equi valentes" (45)

En Junio de 1969, la situación era, en apretada síntesis, la siguiente: continúa la huelga frigorífica, a pesar de la renuncia de Peirano Facio; enfrentamientos violentos, entre obreros y policías, en el barrio del Cerro; paro general de la CNT; clausura de "EXTRA" y huelga de los trabajadores de la prensa; visita de Nelson Rockefeller, movilizaciones estudiantiles de protesta e incendio de la General Motors por el MLN-T; reimplantación de las Medidas de Seguridad y detenciones masivas de militantes sindicales; nueva militarización de los entes estatales, el gremio de UTE vota la huelga ante las amenazas de represalias y despidos; el Parlamento levanta la clausura de "EXTRA" y el Poder Ejecutivo la reimplanta; los bancarios preparan la huelga en el sector privado.

El día 28, la delegación del Congreso Obrero Textil (COT) propuso la iniciación de la Huelga General, a partir del 30 de Junio del 69. Tras una consulta entre sus miembros, en cuyo transcurso la dirección de AUTE levanto su huelga, la Mesa Representativa de la CNT, rechazo por mayoría la proposición del COT. Las posiciones sustentadas en ese momento tomaron estado público a principios de 1970, a través de la polémica periodística sostenida entre los dirigentes sindicales Mario Acosta y Hector Rodriguez.

Como se sabe, Hector Rodriguez fundamento la propuesta del COT en base a que la Huelga General era la medida más conveniente en ese momento, para poner en acción todas las fuerzas del movimiento sindical por una plataforma común aceptada por unanimidad, con el fin de frenar la política fondomonetarista y oligarquica del gobierno de Pacheco o, en el peor de los casos proseguir la lucha con el aporte de una experiencia por la cual los trabajadores querían pasar.

Por su parte, Mario Acosta no cuestionó la posibilidad de declarar la Huelga General, sino que fundamento la inconveniencia de la misma porque, en las condiciones de ese momento implicaba un choque frontal entre el movimiento sindical y todo el aparato del Estado. Como estimaba que no había condiciones para tomar el poder, declarar la Huelga conduciría irremediablemente a la derrota y al quiebre del movimiento obrero, que era

lo que buscaba el gobierno.

Mientras Hector Rodriguez centro sus argumentos en demostrar porque era la medida de lucha más apropiada y cuáles eran las posibilidades que existían entonces de aislar al gobierno, sin tener que llegar a plantearse una confrontación total, Mario Acosta sostuvo que el punto principal de discrepancia era justamente este: si se trataba o no de un choque frontal. Es que ambos estaban de acuerdo en descartar, como un "disparate", la posibilidad de tomar el poder en ese momento.

Resulta evidente que las dos posiciones se ubican, no obstante sus diferencias, en el marco de la acumulación de fuerzas:

- "Lo cierto es que una huelga general en esas condiciones implicaba tratar de obligar al gobierno, con todos los recursos represivos que otorga el poder en sus manos, a dar públicamente marcha atrás, a rendirse con armas y bagajes. Y no en medio de una gran confrontación política que fuera desgastando sus fuerzas, que fuera desfibrando sus apoyos, haciendo entrar en crisis sus bases, sino cuando toda la estructura del Estado estaba indemne, por medio de un enfrentamiento frontal, de fuerza contra fuerza", expresó Acosta en "EL POPULAR", el 23 de enero de 1970.

- "Ni por su contenido ni por su forma una huelga general es una confrontación total. De la huelga general a la insurrección -esa sí puede ser una confrontación total- hay una gran distancia. Toda insurrección ha sido precedida o seguida por huelgas generales; pero hay en la historia del movimiento sindical centenares de huelgas generales que nunca han tenido que ver con la insurrección, menos aun con una insurrección que postula un cambio del régimen social. Esta sí justificaría que se la denominara confrontación total; pero no era esa confrontación la que estaba planteada en 1969", escribía Rodriguez en "MARCHA", el 6 de marzo del mismo año.

Se discutía entonces en torno a la mejor manera de acumular fuerzas.

"Hay que desarrollar a más altos niveles aun la unidad y la lucha del pueblo", decía uno. "Lo que nunca ha conducido

a ninguna parte es la renuncia a emplear todas las fuerzas de que se dispone en un momento en que es conveniente y posible hacerlo", replicó el otro. En ningún momento se insinúa, siquiera, la posibilidad de estar ante una situación revolucionaria y sus leyes consiguientes.

En cuanto a la Huelga General como medida para enfrentar un golpe de Estado, Acosta expresó: "la CNT tiene ya aprobada la Huelga General como respuesta a un intento golpista, intento que por su esencia avasalla a todo el pueblo e introduce la crisis en el aparato estatal", y Rodríguez corroboró: "es necesario tener claro que una huelga general contra un intento golpista o contra un golpe constituye, ese sí, un choque frontal".

¿Es que todavía no existía "la crisis en el aparato estatal"? Cuando se daban continuos choques entre el Parlamento y el Poder Ejecutivo, cuando este violaba sistemáticamente la Constitución y las leyes, cuando existían claras discordancias entre el Presidente y los principales mandos militares. ¿Es que acaso se podía sostener que la actitud del gobierno no constituía un "intento golpista"?

En Junio de 1971, el 2do Congreso Ordinario de la CNT aprobó por unanimidad, la siguiente declaración:

"El 2do Congreso Ordinario de la CNT conciente de que el imperialismo y la oligarquía, apelaran a todos los excesos para impedir su derrota definitiva y el triunfo del pueblo, reafirma su decisión de estar preparado para enfrentarlos y derrotarlos. En particular si pretenden desconocer la voluntad popular, y en su desesperación intentar apelar al golpe de Estado, toma plena vigencia nuestra decisión de responder con la Huelga General, con la ocupación de los lugares de trabajo y el combate en todos sus planos del pueblo y en primera línea de los trabajadores, replanteando la necesidad de tomar las medidas organizativas pertinentes y profundizar la toma de conciencia de las bases sobre este tema".

Ahora bien si nos trasladamos al golpe de Estado del 27 de junio de 1973, donde finalmente se cumplieron todos los extremos, las dos posiciones presentes en la CNT coincidían en que entonces si el choque sería frontal, aquí corresponde hacer-

se dos preguntas más: ¿Porque no se prepararon y cumplieron todas las medidas "previstas" para la huelga en ese caso?. Y, además ¿se pensaba solo que con la huelga general se podría librar un "choque frontal" con el gobierno? (46)

Las respuestas reales y de hecho que dio la izquierda - no lo que podemos reflexionar ahora, ni tampoco los documentos escritos sin consecuencias prácticas - demuestran, sin lugar a dudas cuán lejos estábamos de atender a las exigencias del momento. Y ello no debe soslayarse trasladando a la espontaneidad de las masas nuestros buenos deseos o atribuyéndoles a las mismas nuestras propias carencias.

Porque se estaba, justamente en medio de una "confrontación política", donde la principal responsabilidad de la vanguardia revolucionaria era desplegar los máximos esfuerzos preparando la inminente batalla y elegir en lo posible, el momento más oportuno para iniciarla, sabiendo que el choque no era aplazable indefinidamente y que los hechos evolucionaban muy rápido.

La batalla decisiva se dio, finalmente a partir del 27 de junio de 1973, en la forma de huelga general y movilización popular de resistencia al golpe de Estado. Considerando la evolución de los diferentes factores, en el campo de las clases dominantes, en el ejército y en las fuerzas populares, ¿cuál fue el momento más oportuno: junio de 1969 o junio de 1973?

Desde el ángulo del movimiento de masas que es el punto de referencia fundamental, de su disposición de lucha, del estado de sus organizaciones gremiales y políticas, todo parece indicar, que en 1969 se dieron las mejores condiciones para el inicio de una confrontación total y no parcial, como la visualizaron los que propusieron la huelga general en ese momento aunque la misma comenzara con la plataforma que levantaba entonces el movimiento sindical. La amplitud de la plataforma no constituía un obstáculo, muy por el contrario, para el desarrollo exitoso de tal confrontación.

En junio de 1973, si bien la CNT tenía "prevista" su réplica y se habían intentado con relativo éxito coordinaciones a nivel político para la eventualidad del golpe, la situación evolucionaba desfavorablemente para el movimiento popular. Mientras se habían

producido importantes realineamientos en el aparato del Estado, principalmente en las Fuerzas Armadas, que le dieron la iniciativa del momento a los sectores golpistas, las fuerzas populares acumulaban, a pesar de avances como el Frente Amplio, fuertes golpes y un significativo desgaste, por el efecto del aislamiento de las luchas y las sucesivas postergaciones del enfrentamiento general.

Pasando por alto todos los factores adversos, la huelga general se produjo y fue absolutamente justo impulsarla e intentar desarrollar el máximo de sus fuerzas. Aunque, a esta altura de los acontecimientos, el único criterio que quedara incolume fuera el de que no hay peor derrota que la que se acepta antes de poner en lucha toda la fuerza de que se dispone. Incluso esta simple verdad no fue, en ese momento, igualmente aceptada y comprendida por todos los militantes y organizaciones de la izquierda.

Con posterioridad a la huelga general, algunos sectores políticos que admitieron la existencia de una situación revolucionaria, aunque parecería que la reducen a los días en los cuales se mantuvo aquella acción, afirmaron que "el desenvolvimiento del propio movimiento de masas en forma espontánea, como respuesta al golpe de estado, es el que ha promovido este estallido" (47).

En otro caso similar, si bien se reconoce que la huelga general "cumplía con una medida ya dispuesta desde 4 años atrás" y había sido resuelta en forma "orgánica y centralizada" - en rigor a la verdad, la primera resolución databa de nueve años atrás -, se afirma que en ese momento existió la disposición popular de "tomar el cielo por asalto", de "desplazar del poder a la oligarquía aliada al imperialismo yanqui", o sea de la toma del poder por el pueblo. (48)

Una cosa es decir que la huelga se inició, en la madrugada del 27 de junio, como reacción espontánea de los trabajadores ante la consumación del golpe de estado, y otra muy diferente es decir que las masas tomaron su decisión "por sí mismas", o sea sin ninguna orientación previa. Porque la reacción espontánea de los trabajadores no fue una sorpresa, sino que estuvo enmarcada en las resoluciones y lineamientos

trazados con anterioridad por la CNT.

Esa reacción espontánea de los trabajadores no se contraponía al trabajo de preparación realizado por la CNT en los años anteriores, a pesar de las limitaciones que tuvo el mismo; por el contrario, es la mejor prueba de la existencia de ese trabajo y del grado de conciencia alcanzado por el movimiento sindical. Si es inexplicable que, en ese preciso momento, algunos dirigentes sindicales pusieran en duda la aplicación de la huelga, salvo que siguieran confiando en la posibilidad de postergar nuevamente la confrontación.

Desde otro punto de vista, se ha dicho que la huelga no alcanzó sus objetivos debido a "la furia de la represión", a que "a pesar de los esfuerzos realizados no se había podido lograr una diferenciación de las Fuerzas Armadas", y a que "tampoco se logró una coincidencia de todas las fuerzas antidictatoriales" (49). De esta forma, se desconocen las carencias existentes en la preparación y en la dirección de la huelga, así como que era un medio insuficiente, por sí solo, para resolver a favor del pueblo la confrontación planteada en ese momento.

Esta apreciación parte de una subestimación de las posibilidades objetivas de la situación, inscrita en la categorización hecha por el PCU del momento histórico, para justificar que no se fue más lejos porque las condiciones no lo permitían. Pero, además, al no clarificar el papel de la vanguardia en la misma, confunde peligrosamente las ideas acerca de los caminos necesarios para alcanzar el triunfo de las fuerzas populares. Veamos cada argumento por separado.

El que alude a "la furia de la represión" es, evidentemente, una exageración de los hechos. Las formas que adoptó la represión en medio de la huelga no introdujeron ninguna innovación significativa con relación a las luchas precedentes - como hubieran sido, por ejemplo, fusilamientos al estilo del golpe en Chile -, que pudieran haber creado un retraimiento de las acciones de masas, por su falta de experiencia o de preparación para enfrentar ese tipo de situaciones.

Esto hay que tenerlo claro con respecto a la situación concreta, en la que incluso se conocieron las discusiones al

interior del ejército sobre la forma de reprimir, porque en ello se jugaba todavía la unidad de la institución. Pero pensando en las luchas futuras, hay que cuidarse también de sembrar "el cuco" de la represión, porque si realmente aspiramos a que las fuerzas populares vayan más lejos de lo que fueron, habrá que prepararse para enfrentar con éxito "furias" mayores. "La revolución avanza por el hecho de que crea una contrarrevolución fuerte y unida", dice Marx.

Y ello nos lleva al segundo argumento. No dudamos que se hicieron algunos esfuerzos para lograr la diferenciación de las fuerzas armadas. Pero hay que decir que estos esfuerzos tuvieron serias carencias y que, aun en el caso de que estas se hubieran superado, no eran suficientes por sí mismos para alcanzar el objetivo propuesto. A título de ejemplo, una de esas carencias fueron, durante la huelga general, el mal uso de las negociaciones y de las diferencias entre los militares y Bordaberry, para agudizar las contradicciones entre los mismos sectores golpistas (50).

Las contradicciones en el seno de las fuerzas armadas se manifestaron desde varios años antes, pero tuvieron una evolución negativa -expresada en el desplazamiento del sector "legalista" o "civilista"-, a la que no fueron ajenos los errores y las confusiones de la izquierda sobre el carácter de la situación y de las tareas a emprender en consecuencia porque, ¿cómo se pensaba lograr esa "diferenciación"? ¿Cuál es la "condición imprescindible para el triunfo"?

"Si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo ni pensar se puede en una lucha seria", dice Lenin. "La vacilación de la tropa en realidad inevitable en presencia de todo movimiento verdaderamente popular, conduce, cuando la lucha revolucionaria se hace más aguda, a una verdadera lucha por ganarse el ejército", agrega más adelante. Y concluye: "Nos hemos dedicado y nos dedicaremos todavía con mayor tenacidad a "trabajar" ideológicamente el ejército; pero no seríamos más que unos lamentables pedantes si olvidásemos que en el momento de la insurrección es precisa también la lucha física por la conquista del ejército" (51).

Durante largo tiempo, en la izquierda latinoamericana, la división del ejército fue elevada a la categoría de ley histórica y condición sine qua non del triunfo revoluciona-

rio, centrando la política hacia las fuerzas armadas en la "diferenciación" interna de los militares, mientras se postergaba indefinidamente la construcción de las fuerzas propias del pueblo. En contraposición con este planteo se sostuvo que los ejércitos nacionales son, sin distinción de países y de momentos históricos, una simple fuerza mercenaria, donde no caben las diferenciaciones político-ideológicas, por lo cual deben ser destruidos en bloque por medio de una fuerza militar revolucionaria.

Aunque los aciertos y los errores contenidos parcialmente en ambas posiciones parecían abonar indefinidamente la polémica en torno al tema, la experiencia histórica de América Latina está proporcionando los elementos necesarios para llegar a una síntesis superadora del debate en cuestión. En efecto, si la victoria del Ejército Rebelde pudo considerarse un hecho excepcional, al haberse librado frontalmente contra todo el ejército batistiano, con el triunfo de la revolución sandinista y el desmoronamiento de la Guardia Nacional, la excepción amenaza con volverse la regla general.

Aunque los dos casos no son iguales, tienen similitudes esenciales: primero, fueron la lucha armada y el ascenso revolucionario del pueblo los elementos determinantes del aislamiento político y el descalabro militar del régimen opresor; y segundo, en ninguno de los dos casos se abandonó el trabajo político-ideológico sobre los integrantes del ejército, aunque los resultados no fueron significativos y ello no constituyó un obstáculo para el triunfo revolucionario. O sea que el objetivo fundamental es el aislamiento del ejército opresor, mediante el fortalecimiento en todos los planos del poder popular, mientras que la fractura de aquel es solo una de las consecuencias posibles, dependiendo de los casos y situaciones concretas.

Por último, en lo que se refiere a si se logró o no la coincidencia de "todas las fuerzas antidictatoriales". Las acciones de masas desarrolladas en el período 1968-73 no tienen precedentes en la historia del país y alcanzaron un punto máximo con la resistencia popular al golpe de Estado. Nadie puede sostener, sin embargo, que se lograron "todas" las coincidencias necesarias, pero antes de preguntarse si se alcanzó o no tal coincidencia, lo que hay que preguntarse es si se luchó o no en forma suficiente y adecuada para con-

seguirla.

Cuando se busca extraer enseñanzas de una experiencia no basta con la simple constatación de los resultados, porque el logro de un aislamiento político mayor de las Fuerzas Armadas y de una coincidencia total de las fuerzas antidictatoriales dependió de la acción de las masas y de la actitud de su vanguardia a lo largo de todo el período precedente. La fuerza alcanzada por el movimiento popular durante la huelga general posiblemente importantes conquistas -sin duda, el gran aislamiento político que ha sufrido la dictadura desde su inicio-, pero el hecho de que haya sido incapaz de llegar más lejos no es atribuible a las condiciones objetivas existentes, sino a la incapacidad de la izquierda para aprovecharlas.

Tanto la sobreestimación como la subestimación de las posibilidades objetivas de una situación, aunque las conclusiones que se saquen en uno y otro caso sean diametralmente opuestas, comparten de hecho una confusión de carácter "espontaneista", en el sentido de asignarle al "movimiento espontáneo" o lo que es lo mismo, a las "condiciones objetivas" lo que estas por sí solas no pueden dar. No se trata de negar la espontaneidad de las masas, elemento imprescindible con el que debe contar toda vanguardia para llevar adelante los objetivos revolucionarios. Pero la espontaneidad no se puede confundir con el espontaneísmo, porque por esta vía, con posturas radicales en un caso y conservadoras en otro, la lucha de las masas no tiene perspectivas de éxito.

VII.-A MANERA DE CONCLUSIONES

Al entrar en la década del 50, la izquierda uruguaya arrastraba importantes divisiones y fracturas ideológicas, detentando una escasa incidencia en el concierto político nacional, ampliamente dominado por los partidos tradicionales Blanco y Colorado, mientras las instituciones liberales forjadas bajo la égida del batllismo conservaban toda su vitalidad. No obstante, los militantes de esa izquierda se pronunciaban unánimemente contra el imperialismo y por el socialismo, habían conquistado un fuerte arraigo en los sindicatos, afianzando el carácter clasista de las organizaciones obreras, a pesar de sus dificultades para unificarse en una central uni-

ca, y ejercían una significativa influencia en los medios intelectuales y universitarios.

El agotamiento del modelo de industrialización protegida vigente hasta entonces, coexistiendo con el estancamiento sufrido por la ganadería desde la crisis de los años 30, al modificarse en la posguerra las condiciones de inserción del Uruguay en el sistema capitalista mundial, dieron inicio a una aguda crisis estructural de la economía, con inmediatas repercusiones sociales y políticas. La reacción común de las clases dominantes fue análoga a la de la crisis anterior, consistente en descargar sobre la población trabajadora los efectos del trance, al mismo tiempo que se desataba en su interior la pugna por el establecimiento de una nueva relación hegemónica.

En un primer momento, al igual que tres décadas atrás, los sectores oligárquicos tradicionales, los grandes terratenientes y la gran burguesía comercial-financiera de la capital, reconquistaron el gobierno y pusieron sobre la mesa sus recetas reaccionarias. Esta vez, sin embargo, un "convitado de piedra" tenía otras cartas para jugar; defendiendo inicialmente sus propias conquistas, postulando después soluciones y cambios estructurales, obreros y empleados, estudiantes y maestros, y cada vez más amplios sectores del pueblo, resistían el plan de la oligarquía y el FMI. El plan ahora trastabillaba y la crisis se hacía más profunda.

El ascenso de las movilizaciones de masas enfrentando el reajuste reaccionario, el tránsito de las plataformas defensivas al Programa de Soluciones a la Crisis, la constitución de la CNT y la unidad de la clase obrera con los estudiantes, con la Universidad y con otros sectores del pueblo, la emergencia de nuevas organizaciones y de nuevas formas de lucha revolucionarias, la renovación de las alianzas políticas incorporándose a sectores despreciados de los sectores tradicionales, conformaron los pilares de un poderoso movimiento popular y cambiaron radicalmente, en el corto lazo de diez años, los términos habituales de gravitación política de la izquierda en el país.

Ello no era obra de la improvisación

o la casualidad, sino el resultado de la confluencia histórica de las mejores tradiciones democráticas y revolucionarias del pueblo uruguayo, desde la gesta señera de Artigas, los aportes del liberalismo radical y del nacionalismo consecuente, pasando por la brega tenaz y sacrificada de las corrientes socialistas, sumándose al espíritu combativo de las nuevas generaciones que, en medio del ascenso de las luchas antiimperialistas y el impacto ejemplarizante de la Revolución Cubana en el Continente, se unieron en la acción práctica de miles y miles de personas.

Sintiéndose doblemente amenazada, por la prolongación de la crisis y por la resistencia popular, las clases dominantes experimentaron duros choques internos, al mismo tiempo que se unían para defender sus intereses comunes. En ese proceso, se desprende y sobresale por encima de las demás la fracción más aventurera y reaccionaria de la burguesía, la pequeña "rosca" del gran capital, nacional e internacional, beneficiaria de especulación financiera y los grandes negociados. La entronización política de este sector y su decisión de imponer "pese a quien pese" el plan reaccionario, enfrentando a la creciente oposición popular y democrática, significaba arrasar con las instituciones y los valores del Uruguay liberal, dando inicio a la más aguda crisis del capitalismo en la historia del país.

A lo largo de 5 años el pueblo uruguayo desplegó las más amplias, persistentes y variadas formas de lucha contra la opresión registradas en su historia, culminando con la heroica huelga general de 15 días y la resistencia nacional al golpe de Estado del 27 de junio de 1973. Sin embargo, la causa principal de la derrota momentánea sufrida por las fuerzas populares y revolucionarias radicó en la perseverante dispersión táctica y estratégica de sus organizaciones de vanguardia que le permitió al gobierno aislar y golpear por separado a los diferentes sectores del pueblo, mientras alcanzaba el control total del aparato estatal, apoyándose en los mandos más reaccionarios y fascistas de las Fuerzas Armadas.

En el plano táctico, la mayor carencia de la izquierda estuvo en la errónea o

insuficiente caracterización del momento histórico, de la crisis histórica del sistema de dominación capitalista vigente en el país, que marco el desencadenamiento de una situación revolucionaria, de acuerdo con sus condiciones objetivas determinantes. Incidieron en ello las prevenciones y el retraso en la asimilación de la teoría revolucionaria (prejuicios, espontaneísmo, dogmatismo, etc.), así como la confusión conceptual entre situación revolucionaria y crisis nacional general o revolucionaria.

Las concepciones tácticas de las organizaciones y partidos de la izquierda, fuentes de las divergencias de ese orden que pausaron el período 1968-73, adquieren su verdadera significación y son relativizadas, a la vez, desde el momento en que son ubicadas bajo ese marco de referencia fundamental. De ahí que, cuando se intenta hoy evaluar el pasado -no para condenar a alguien (¿quién puede tirar la primera piedra?), ni para decir lo que debería haberse hecho (sería muy fácil e irresponsable hacerlo ahora), sino para extraer enseñanzas útiles para el futuro-, la definición del carácter de la crisis del capitalismo uruguayo, con un criterio histórico-científico, sigue teniendo una importancia crucial.

Pero las divergencias no se ubicaron solo en el terreno táctico. Podemos desglosar la estrategia revolucionaria en dos aspectos: 1) el carácter de la sociedad en cuestión y de la revolución históricamente posible, el papel de las fuerzas sociales y políticas participantes en la misma, lo cual define el programa y las alianzas para toda una etapa de lucha; y 2) la vía principal para la conquista revolucionaria del poder, dadas las características del estado dominante y de la época histórica en curso, que organiza y prioriza las diferentes formas de lucha con el fin de asestar, en medio del ascenso revolucionario del pueblo, el golpe de gracia al régimen opresor.

En relación con el primer aspecto, la izquierda y el movimiento popular uruguayo se aproximaron, positivamente por cierto a un punto de vista común. En efecto, tanto en los programas de las organizaciones políticas, como en aquellas que se convirtieron, a través de acciones multitudinarias, en patrimonio de las grandes masas se ha venido afirmando la necesidad histórica de un cambio de las clases en

el poder, de una revolucion de caracter democratico, popular y antiimperialista, sin desmerecer su previsible futuro socialista. Y en la misma direccion convergen los esfuerzos y las experiencias para construir un frente politico y social que exprese esa alternativa de poder, cuya expresion mas avanzada en el periodo de lucha analizado fue el Frente Amplio. En cuanto al segundo aspecto, la determinacion de la via de la revolucion en un pais dado no admite, mas alla de los principios estrategicos generales, recetas doctrinarias ni esquemas preestablecidos, asi como tampoco puede quedar librada a la simple improvisacion. Las peculiaridades de cada formacion social, la historia de la lucha de clases en su seno y la experiencia politica de las masas, especialmente en los periodos de ascenso revolucionario, proporcionan los elementos fundamentales para delinear el desarrollo mas probable de la lucha. Las vanguardias revolucionarias enfrentan, a la vez, una prueba de ductilidad y de firmeza: ductilidad para adaptarse rapidamente a los cambios de coyuntura y al surgimiento de nuevas formas de lucha; firmeza para persistir en el camino trazado y colocarse al frente de las masas, elevando permanentemente la preparacion y la organizacion de las fuerzas desplegadas por el pueblo.

En el Uruguay estuvieron presentes, con mayor coherencia y sistematizacion practica, dos concepciones generales sobre la via de la revolucion: la de la insurreccion final y decisiva, estilo Revolucion Rusa de 1917, y la de la guerra de guerrillas. Las ya señaladas insuficiencias en la asimilacion de la teoria revolucionaria y los errores de interpretacion del momento historico con sus secuelas de doctrinarismo, subjetivismo y empirismo, el peso de las tradiciones nacional-reformistas y las reminiscencias sectarias de la izquierda, contribuyeron al desarrollo de concepciones unilaterales de la revolucion, a las falsas contraposiciones entre distintas formas de lucha, entre las "vias de aproximacion" al poder y "la via" de la revolucion, mientras se descuidaba la asimilacion y acumulacion del rico caudal de experiencias generadas en la propia lucha.

Si nos remitimos a las experiencias del movimiento popular en nuestro pais, par-

ticularmente durante el periodo 1968-73, es posible inferir algunas conclusiones: primero, que la guerrilla urbana demostro su validez como metodo de denuncia y agitacion politica, de hostigamiento y castigo a los cuerpos represivos, de acumulacion de experiencias y cuadros para apoyar las acciones revolucionarias decisivas, al mismo tiempo que evidencio las limitaciones de su desarrollo unilateral, cuando es posible y necesario incorporar otras formas de la violencia revolucionaria; y, segundo, que el desarrollo practico de las acciones y la organizacion del movimiento de masas, a traves de las manifestaciones y los enfrentamientos callejeros, de la ocupacion de los centros de trabajo y el control obrero de los medios de produccion y servicios, y de la implantacion territorial de las movilizaciones, mostro tendencias significativas hacia las formas insurreccionales y su previsible potencialidad revolucionaria, sobre todo a la luz de la experiencia de la huelga general y la resistencia popular al golpe de Estado.

Las experiencias de lucha de ese periodo constituyen, mas alla de sus carencias y de sus resultados inmediatos, un gran ensayo tactico y estrategico que puso a prueba el desarrollo alcanzado por el movimiento popular y sus organizaciones de vanguardia. La acumulacion teorica y practica de estas experiencias, por medio de la reflexion critica y autocritica, la integracion de sus enseñanzas al acervo comun de las luchas del pueblo, marcaran el inicio de una nueva y superior etapa para las fuerzas revolucionarias uruguayas. Una etapa nueva y superior que, para ganarse el titulo de tal, debera caracterizarse tambien por un significativo avance en la unidad de los revolucionarios.

Fidel Castro ha sintetizado en tres elementos basicos las condiciones del triunfo revolucionario: la unidad, el pueblo y las armas. Si admitimos que el tercer elemento es, en gran medida, una consecuencia logica e inevitable de los dos anteriores, y que en el Uruguay se han dado promisorios avances hacia el logro del segundo, tenemos que reconocer en la unidad de los revolucionarios al eslabon principal de cuyo fortalecimiento depende la posibilidad de dar un salto cualitativo en el conjunto de los factores. Tanto por la negativa como por la positiva, las experiencias de los pue-

blos hermanos del continente y la nuestra propia estan mostrando la influencia decisiva de este elemento, para enfrentar exitosamente la ofensiva reaccionaria y genocida del imperialismo y las clases dominantes.

NO la unidad del silencio y del temor a reconocer los errores. NO la unidad de las imposiciones y los monolitismos esteriles. NO la unidad con artimañas para adueñarse de movimientos y alianzas politicas. NO

la unidad con argucias para adueñarse de la propia unidad. SI la unidad madura y conciente de sus dificultades. SI la unidad franca y respetuosa de la diversidad de opiniones. SI la unidad firme y celosa de los acuerdos para enfrentar al enemigo comun. SI la unidad modesta sincera y fertil de los revolucionarios. Esta sera la via para "convertir los reveses en victoria" y abrir el cauce incontenible de la liberacion popular.

Victor L. Bacchetta
(octubre de 1981)

NOTAS:

- (1) V.I.Lenin, "Dos taticas de la social-democracia en la revolucion democratica", junio-julio 1905, Obras Escogidas en tres tomos, tomo 1, pags. 524-25.
- (2) V.I.Lenin, "Dos taticas...", op. cit. pag. 525.
- (3) V.I.Lenin, "La bancarrota de la II Internacional", mayo-junio 1915, en "Contra el revisionismo", recopilacion de Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscu, pags. 160-61.
- (4) V.I.Lenin, "La bancarrota...", op. cit. pag. 264.
- (5) V.I.Lenin, "La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo", abril-mayo 1920, Obras Escogidas en tres tomos, tomo 3, pag. 405.
- (6) V.I.Lenin, "En ruta", enero 1909, Obras Escogidas en tres tomos, tomo 1, pags. 604-05.
- (7) Ver "Nicaragua: la estrategia de la victoria", entrevista de Marta Harnecker al Comandante Humberto Ortega, diciembre de 1979, varias ediciones.
- (8) V.I.Lenin, "El marxismo y la insurreccion", setiembre 1917, Obras Escogidas en tres tomos, tomo 2, pag. 393.
- (9) "La Convencion Nacional de Trabajadores expresa en su unidad combativa, en su independencia de clase y en su caracter profundamente solidario, las experiencias de casi 100 años de lucha organizada de nuestra clase trabajadora, forjada en las mejores tradiciones historicas de nuestro pueblo", expresa el primer parrafo de la Declaracion de Principios de la CNT, aprobada el 1o. de octubre de 1966, que proclamo como sus fines: "impulsar a un plano superior la lucha por las reivindicaciones economicas y sociales de los trabajadores de la ciudad y el campo, por el mejoramiento de las condiciones materiales y culturales del conjunto de nuestro pueblo; por la liberacion nacional y el progreso de nuestra patria, en el camino hacia una sociedad sin explotados ni explotadores".
- (10) "EL POPULAR", 2 de mayo de 1969, pag. 5.
- (11) Revista "ESTUDIOS" No. 58, enero-febrero 1971, pag. 37.
- (12) Extractado del "Informe al 2do. Congreso Ordinario de la CNT", junio de 1971, firmado por: Federacion Uruguaya de la Salud; Union de Obreros, Empleados y Supervisores de FUNSA; Sindicato de la Industria del Medicamento y Afines; Union de Obreros y Empleados de TEM; Sindicato de Obreros y Administrativos de GENERAL ELECTRIC; Sindicato Unico de Enrique GHIRINGLLI; Union Obrera de ATMA; Union Ferroviaria; Union de Obreros y Empleados de CICSSA; Union de Obreros de SERAL; Sindicato de Frutas y Verduras de Salto; y Plenario Intergremial de Mercedes. Por similares criterios se pronunciaron tambien el Congreso Obrero Textil, la Federacion Nacional de Profesores de Enseñanza Secundaria, la Union de Trabajadores Azucareros de Artigas, la Federacion de Obreros y Empleados de la Bebida, la Federacion de Administrativos de la Industria Textil y los plenarios de Durazno y Salto.
- (13) "Movimiento de Liberacion Nacional (Tupamaros), documentacion propia, 2da. edicion INDAL, Caracas, 1973, pags. 55-56.
- (14) MLN-T, op. cit. pag. 57.
- (15) MLN-T, op. cit. pags. 57-58.
- (16) MLN-T, op. cit. pag. 59.
- (17) "Documento V" divulgado por la Policia en julio de 1971, MLN-T, op. cit. pag. 84.

- (18) MLN-T, op. cit. pag 82.
- (19) "Informe del Secretariado Ejecutivo al Comité Central", marzo de 1972, MLN-T, op. cit. pag. 136.
- (20) Rodney Arismendi, "Lenin, la revolución y América Latina", Editorial Grijalbo, México, 1976.
- (21) R. Arismendi, op. cit. pags. 400-01.
- (22) R. Arismendi, op. cit. pags. 336 y 387-88.
- (23) Juan Varela, "La reestructuración del Estado en Uruguay", en "ESTUDIOS" No. 68, de junio de 1978, pag. 32.
- (24) Enrique Rodríguez, "Uruguay: raíces de la madurez del movimiento obrero", España, 1979, pag. 126.
- (25) E. Rodríguez, op. cit. pag 139.
- (26) Jorge Landinelli, "El movimiento obrero-popular y la crisis del Uruguay liberal", trabajo de tesis, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLASCO), México, 1978, versión en fotocopia, pag. 12.
- (27) J. Landinelli, op. cit. pags. 19 a 21 y 28.
- (28) J. Landinelli, op. cit. pags. 219-20.
- (29) Entrevista a Rodney Arismendi, en "ESTUDIOS" No. 61, setiembre-octubre de 1971, pag. 3.
- (30) "Documento V", MLN-T, op. cit. pag. 73.
- (31) En "Uruguay: análisis y propuestas", editado por el Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), en marzo de 1979, se mantienen esas opiniones. Ediciones Conosur, Madrid, pags. 83-90.
- (32) R. Arismendi, op. cit. pag. 333.
- (33) R. Arismendi, op. cit. pag 337.
- (34) Documento I, de junio de 1967, MLN-T, op. cit. pag. 44.
- (35) Documento IV, de enero de 1969, MLN-T, op. cit. pag 55.
- (36) Documento V, divulgado en julio de 1971, MLN-T, op. cit. pag. 75.
- (37) Documento V, MLN-T, op. cit. pag. 76.
- (38) Documento V, MLN-T, op. cit. pag. 82.
- (39) MLN-T, op. cit. pags. 41, 58, 64, y 136.
- (40) "Informe de SIFA", del 30-3-72, MLN-T, op. cit. 137.
- (41) V.I. Lenin, "La guerra de guerrillas", setiembre 1906, en Obras Completas, Editorial Cartago, tomo XL, pag. 207.

- (42) R. Arismendi, op. cit. pags. 334-335.
- (43) E. Rodriguez, op. cit. pags. 123, 126-28, 145 y 157.
- (44) V.I. Lenin, "La guerra...", op. cit. pag. 213.
- (45) Resolucion de la Mesa Representativa de la CNT, aprobada por unanimidad, el 10 de octubre de 1968.
- (46) En cuanto a la cronica de los hechos, durante la huelga genral, nos remitimos al libro de Hugo Lustemberg "Uruguay: las enseñanzas de la huelga general", Ed. Achaval Solo, Buenos Aires, 1974, transcripto parcialmente en "APORTES" No. 4, Suecia, 1977.
- (47) De un editorial de "JUSTICIA" No. 4, organo del Partido Comunista Revolucionario, mayo-junio de 1975, reproducido por "APORTES" No. 4, Suecia, 1977.
- (48) De un editorial de "Nuevo Tiempo" No. 2, junio de 1975, reproducido por "APORTES" No. 4, Suecia, 1977.
- (49) Del articulo "La huelga general de 1973", de Eduardo Viera, en el boletin "Por Uruguay" No. 9, setiembre de 1977, organo del PCU, reproducido por "APORTES" No. 4, Suecia, 1977.
- (50) H. Lustemberg, op. cit. pag. 187 o "APORTES" No. 4 pag. 37.
- (51) V.I. Lenin, "Las enseñanzas de la insurreccion de Moscu", agosto 1906, Obras Escogidas en tres tomos, tomo 1, pag. 596.

* Debido a fallas tecnicas el material carece de acentos y subrayados presentes en la version original del trabajo.

INDICE

I. Aclaraciones previas.....	2
II. Acumulación de fuerzas o situación revolucionaria...	3
III. Carácter de la crisis uruguaya.....	7
IV. La posición del Partido Comunista Uruguayo y sus <u>fun</u> damentos.....	12
V. La significación del M.L.N. Tupamaros.....	17
VI. La polémica en torno a la Huelga General.....	22
VII. A manera de conclusiones.....	27
Notas.....	31

ESTE SUPLEMENTO SE DISTRIBUYE JUNTO AL Nro.18 DE "aportes"
CORRESPONDIENTE AL MES DE ABRIL DE 1982. SU CONTENIDO PUEDE
REPRODUCIRSE, MENCIONANDOSE LA PROCEDENCIA.

contra la "política" del avestruz



lea y divulgue aportes

SUSCRIPCION ANUAL: 45 coronas suecas (3 nros.) .-

POSTGIRO nr. 441 69 24-1

BOX 760

220 07 LUND

SUECIA



aportes, Box 760, 220 07 Lund, Suecia